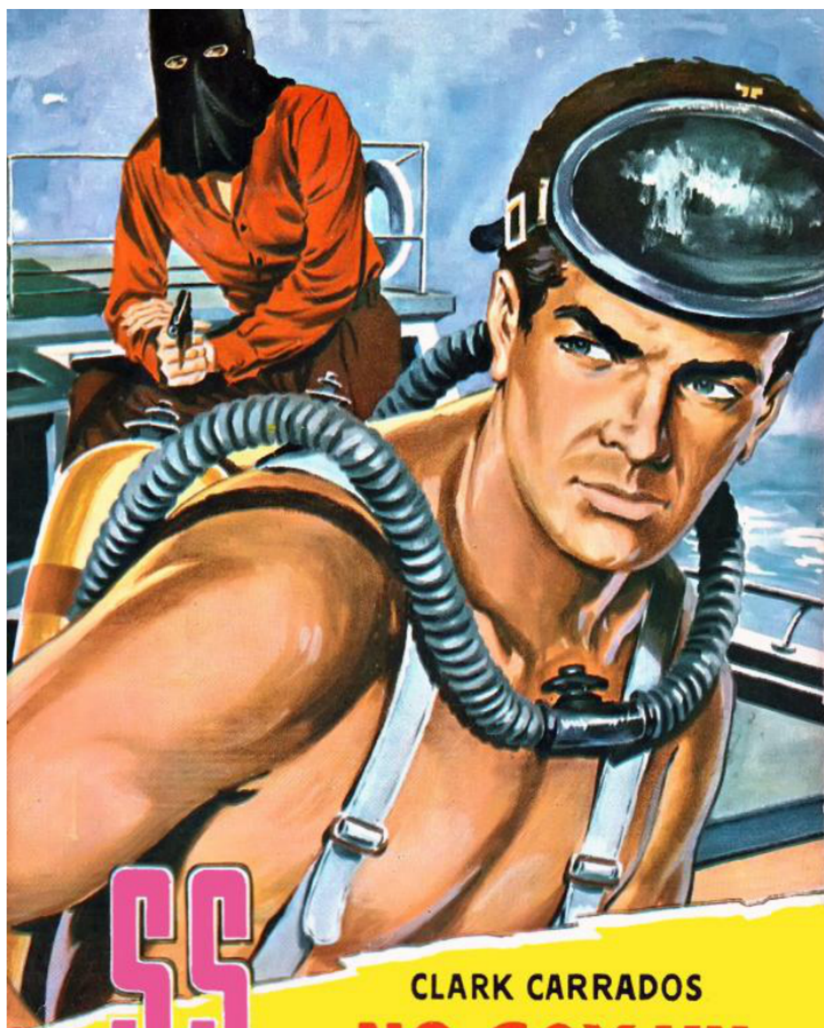

S.S
SERVICIO
SECRETO
CLARK CARRADOS
NO SOY UN
PISTOLERO

CLARK CARRADOS

No soy un pistolero

1.ª EDICIÓN
MAYO - 1960



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

DEPOSITO LEGAL B. 2934 - 1960

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva (antes Proyecto), 2 - Barcelona - 1960

N. R. 776/60

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
521. — Con las manos manchadas. 509. — Plata y pólvora. 644. — Obligado a matar.

En Colección SERVICIO SECRETO:
482. — La rubia de la ametralladora. 501. — ¡Señores del jurado! 503. — La casa de la cumbre.

En Colección BUFALO.
275. — La feria de los ahorcados. 290. — El rancho de la "Q". 310. — El fin del odio.

En Colección CONGO:
6. — Sahara en rojo.

En Colección TEXAS:
165. — Muerte de un valiente.

En Colección CALIFORNIA:
33. — Alarma en la línea. 185. — El hombre del dólar de plata.

En Colección COLORADO:
83. — Cita en el desierto. 106. — ¡Bandidos!

NO SOY UN PISTOLERO



CLARK CARRADOS

CAPÍTULO PRIMERO

Estaban presentes el alcalde, el fiscal y, naturalmente, mi jefe, el Comisionado Hankins. Éste, detrás de su mesa; los otros dos uno a cada lado, flanqueándolo como para recordarle que no debía usar conmigo de debilidad alguna.

Hankins me miró. Carraspeó.

—¡Ejem! Lo siento, Moran; no puede seguir perteneciendo al Departamento.

—Entiendo —murmuré sin amargura—. Mi fama, ¿eh?

—Así es —dijo el Comisionado—. Repito que lo siento, pero últimamente los periódicos se han metido mucho con nosotros… por culpa suya, Moran.

Estaba a punto de estallar, pero supe contenerme.

—Unos —dije—, me llaman «Quick»[1]. Otros «El pistolero de la policía de Bedar County». Y todos piden mi carne para arrojársela a las fieras, en este caso, los ciudadanos de Bedar County. Y ustedes, naturalmente, se la dan.

—Procure comprenderlo. Moran —siguió Hankins—. Usted ya ha cometido cuatro muertes. No puede continuar con nosotros. Dirían —en realidad ya lo han dicho—, que mantenemos un ¡hum!… un asesino en nuestras filas y nosotros… nosotros…

Era evidente que el Comisionado no sabía cómo deshacerse del paquete que le habían largado el fiscal Sparrock y el alcalde Tonicci. Los rostros de éstos aparecían pétreos, inescrutables. Pero no había la menor duda de que antes de llamarme al despacho de Hankins le habían leído bien la cartilla.

Y Hankins, mejor o peor, recitaba su lección.

—Ustedes no pueden seguir teniéndome por más tiempo a su lado —dije. Encendí un cigarrillo, evidente falta de respeto, pues no me habían invitado, pero ya todo me daba igual—. Saben demasiado bien lo que ocurrió en los otros casos. Soy rápido, tiro

bien y amo demasiado a mi pellejo para dejar que un *gangster* barato me lo agujeree como un colador.

—Nadie le acusó oficialmente de esas muertes, Moran —se excusó Sparrock saliendo de su mutismo.

Le miré con aire pacífico, a pesar de que la sangre me hervía en las venas.

—Muchas gracias, señor fiscal. Sí, es cierto. Maté a cuatro hombres y a los cuatro en legítima defensa. No sólo de mi vida, sino de los intereses de la ciudad. Hank Tiomlin era un notorio asesino, perseguido por la policía de media docena de Estados. Se nos pasó el aviso y yo, el sargento «Quick» Joe Moran, tuve que ir a detenerlo. Sabían que Tiomlin no se dejaría detener. Uno de los dos tenía que sobrevivir. Soy yo el que sigue vivo.

»Eggsie Mac Loran y Randy Spencer, entraron a asaltar una estación de servicio. Eran dos profesionales del atraco. Todo el mundo lo sabía, pero nadie se atrevía a decirles nada. Por casualidad, estaba yo aquella noche en la estación, charlando con Bonnie, la encargada de la cafetería. Bonnie es muy amiga mía. No me conocieron, porque yo estaba de espaldas a la entrada. Pero por el rostro de Bonnie supe que algo sucedía. Cuando me volví, ya tenía la automática en la mano. Barrí, dos salteadores, que en condiciones normales hubieran costado a la ciudad un dineral en el proceso. Y todo a costa de un mes de hospital que hube de tirarme, con dos balazos en el cuerpo.

»Y el cuarto, en fin, Ross Strucci, murió a mis manos. Sí, yo lo baleé. Siguiendo instrucciones suyas, señor fiscal. “Coja usted a Strucci, vivo o muerto. No puede seguir un momento más cometiendo esas depredaciones que…”. Bueno, era un maniático de ciertos delitos que sólo se pueden comentar en voz muy baja y lejos del alcance de las orejas de las mujeres. Vivo o muerto, señor fiscal. Strucci no quiso rendirse. Eso es todo.

»Y ahora me echan.

—Nosotros… —carraspeó el alcalde Tonicci.

—Cállese —le dije—. Han hecho caso de la Prensa. Bien, no me quejo. Y tampoco me quitan el sueño esos cuatro fulanos. Me enorgullece que me llamen «Quick». Si no lo hubiera sido, ¿creen que podría estar aquí escupiéndoles al rostro? ¡Pandilla de timoratos!

El rostro del Comisionado se congestionó.

—¡Moran! ¡No le tolero que…!

—No se preocupe; ya no pienso decirles nada más. A fin de cuentas ustedes necesitan una carnaza que arrojar a los lobos. El Departamento ha sido impotente para descubrir al asesino de Maudie Connolly. Seguirán sin descubrirlo cuando yo me haya ido, pero así, de esta forma, arrojan una cortina de humo sobre la opinión pública. Un truco de mala ley, un golpe bajo. Está bien —me puse en pie—. ¿Algo más?

El Comisionado palideció. Tragó saliva, en tanto que miraba alternativamente a derecha e izquierda. Tonicci bajó la cabeza un par de veces.

—Lo… lo siento, Moran. Esto… esto tiene que hacerse público.

—¿Público? No entiendo. ¿Es que dentro de una hora no van a aullar los periódicos de satisfacción? ¿Es que diez minutos más tarde de que yo haya salido de este maldito despacho no van a dar la noticia por la Radio y la TV?

—No se excite, Moran, se lo niego. Verá… —Y Hankins volvió a tragar saliva—. Todos nosotros… en fin, somos servidores de la ciudad y debemos a la ciudad, de la que somos sus más… ¡ejem! sus más conspicuos representantes, una satisfacción… —Respiró profundamente—. Lo siento, Moran: la destitución ha de ser pública.

Lancé un rugido.

—¡Qué!

Intervino el fiscal:

—Así es, Moran. Le suplico no se excite. Será breve. Sólo unos minutos, y… y…

Apreté los labios.

—Muy bien —dije—. Por lo visto, mi copa de hiel no estaba lo suficientemente llena. ¿Qué más?

Hankins meneó la cabeza.

—Comprendemos su desilusión e incluso, su dolor, Moran. Pero lo que ha de ser, ha de ser. Ahora bien… nosotros… quisiéramos que usted nos entendiera… que se diera cuenta de la difícil situación en que nos encontramos… y… Moran, no queremos que al empezar su nueva vida se encuentre del todo desamparado. Tome.

Metió la mano bajo una carpeta y extrajo un papelito azul,

alargado. Me lo dio.

Leí lo que allí había escrito. Aún tuve humor para sonreír.

—¡Bendito sea Dios! No quieren que les avergüence poniéndome a pedir limosna en una esquina, ¿eh?

—Entendemos que de alguna forma hay que recompensarle —dijo campanudamente el alcalde Tonicci—. Obramos, le ruego nos crea, presionados por la opinión. Pero también sabemos ver la buena labor que hizo mientras estuvo en el Departamento de Policía. No queremos… en fin, dejar sin un recuerdo…

Con gesto sarcástico, me abaniqué las narices con el cheque.

—Cuatro muertos a quinientos dólares, dos mil. Bueno, algo es algo. Por lo menos, no puedo tacharles de avarientos. ¿Qué más?

—Eso es todo —dijo secamente el Comisionado, a quién se le veía claramente con ganas de acabar aquella escena—. Naturalmente, le entregaremos una licencia de uso de armas y…

—Bien, gracias. Veo que ya han concluido. ¿Cuándo es mi exposición a la vindicta pública?

Hankins apretó un botón.

—Ahora mismo —dijo, y cuando entró Doris, su atractiva secretaria, ordenó—: Pueden pasar los periodistas.

—Sí, señor Hankins —repuso ella, lanzándome una escrutadora mirada, que devolví en silencio.

Treinta segundos más tarde, se produjo la estampida. Media docena de fotógrafos, dos «cameramen» y varios periodistas entraron como elefantes en una cacharrería.

—¿Es cierto que expulsan a Moral, alcalde? —preguntó con desfachatez Saunders, del *Mirror*.

Los *flashes* centelleaban sin parar, tomando mi imagen en todos los ángulos posibles.

—El señor Moran ha dimitido, lo cual no es lo mismo —dijo Hankins, muy serio. ¡Farsante!

—¿Qué tiene usted que decir, «Quick» Moran? —me preguntó a grito pelado Martin, del *Clarion*.

—Que he decidido irme a vivir a Florida —contesté con fingido buen humor.

—La viuda de Spencer le va a plantear una demanda, acusándole de homicidio injustificado —dijo Barnes, del *Post*.

—A esa fulana no le duele que yo matara a su marido —repuse

—, sino que se le haya secado la fuente de ingresos.

—¡«Quick» Moran, mire hacia aquí! —Ladró Stormovic, de la TV local. Estaba la mar de orgulloso desde que una vez, yendo de paso, se le estropeó una goma al coche de Bing Crosby y consiguió llevárselo, mientras le repasaban la avería, a su emisora. Desde entonces no había quien soportara a Stormovic.

Metí los pulgares en las orejas, moví las manos y saqué la lengua.

—¡Brrr…! —Hice, pensando algo más gordo. Los vídeos tendrían motivos para reírse a la noche.

—El doctor Mugsings, jefe de los servicios de siquiatría del Hospital Municipal, dice que con un tratamiento adecuado, Strucci podría haber sanado —exclamó Saunders en tono acusativo.

—¿Por qué no fue a buscarle él? —grité, perdiendo la paciencia —. Strucci disparó cuatro veces antes de que yo le contestara. ¿Qué querían que hiciera… frotar el índice con el pulgar y decirle: «Gatito, ven, monín, ven»?

—La gente le llama «Matador» —manifestó O'Brien, de la emisora local—. ¿Es cierto que disfruta viendo brotar la sangre de las heridas de su víctima? O'Brien tenía el micrófono en la boca, conectado a un magnetofón. Su pregunta me hizo perder la poca paciencia que me quedaba. Alargué la mano y le aplasté el micro contra los labios.

—¡Quieto, Moran! —aulló el Comisionado, en tanto O'Brien juraba y maldecía como un camionero. Seguro que no podría repetir aquella entrevista. Los labios de O'Brien parecían una fuente de vino rojo.

Volví la vista hacía mi exjefe.

—Ya sólo falta que me sujeten a la columna y que me azoten. ¿Tengo que hacerlo también?

—Terminemos con esto —dijo Sparrock, visiblemente molesto y más avergonzado todavía.

—Sí, terminemos —masculló el Comisionado—. Moran, deme la placa y la pistola.

Entregué ambos objetos, mientras chisporroteaban los *flashes*. Llovieron las preguntas sobre mí, pero no hacía ya caso.

A codazo limpio me abrí paso entre toda aquella patulea de salvajes civilizados y salí al antedespacho, desierto en aquellos momentos.

Bueno, desierto no es la palabra correcta. Estaba Doris.

La muchacha se puso en pie al verme salir. Rodeó su mesa para llegarse hasta mí.

Vi relucir en sus bonitos ojos dos lágrimas. La muchacha lo sentía.

Me apretó el brazo con cordial efusión.

—Lo… lo lamento, Joe —dijo con voz ahogada.

Sonreí, en tanto tomaba su mano.

—No se debe llorar por ciertas causas, bonita.

—¡Esos… esos…! —Y no pudo seguir.

Puse la mano sobre su barbilla y la obligué a levantar su rostro.

—No te compadezcas nunca de un expulsado… y no del Paraíso, precisamente, Doris. Déjalo, no tiene la menor importancia.

—Has luchado por ellos, Joe. Te has jugado el físico en infinidad de ocasiones; incluso fuiste a parar al hospital en dos de ellas… ¿y es éste el pago que te dan?

Desde allí podía oír todo el jaleo que formaban los periodistas en el despacho de Hankins.

—Me han dado dos mil dólares —bromeé—. Algo es algo.

—¡Dos mil…! —Y sus labios se apretaron—. ¡Cochinos!

—Cuidadito, guapa; podrían oírte.

—Si no necesitase tanto el sueldo para vivir, ibas a ver cómo les dejaba plantados, Joe —exclamó la muchacha con resolución—. Pero no sé cómo…

La pellizqué suavemente la mejilla.

—Deja ya de preocuparte por un paria. Tus palabras me han consolado mucho, Doris. Adiós —e inclinándome hacia adelante, toqué suavemente sus labios con los míos.

A la salida me crucé con el teniente Crocics, el cual fingió ignorarme. Pero a su lado venía un colega mío, el sargento Vallez, el cual me estrechó fuertemente la mano.

—Siempre tu amigo, Joe. Para lo que quieras, ¿entiendes?

—Gracias —repuse, y seguí mi camino.

Bueno, pues ya estaba en la calle. Compuesto… y sin empleo. Por todo capital tenía aquellos dos mil dólares que no había tenido valor de rechazar, más unos trescientos y pico en el Banco. Una fortuna, como puede verse. Hubiera podido tener más, de haber cedido a ciertos cantos de sirena, pero uno es como es y así puedo dormir tan tranquilo durante las noches, sin que mi sueño sea turbado por el recuerdo de ninguna inmoralidad.

Caminé a pie, con las manos metidas en los bolsillos. Alguna vez me tropecé con un distraído ciudadano quien, al conocerme, se apartó de mi lado presurosamente. El diablo en persona, vamos.

Bedar County es una ciudad pequeña, pero muy activa, a lo cual coadyuvan poderosamente un empalme ferroviario, en el que se cruzan tres o cuatro líneas; una enorme fábrica de aviación, casi siempre con contratos para el Gobierno, y varias industrias más de gran rendimiento. Como consecuencia de ello, el dinero afluye en abundancia y esto se traduce en un gran movimiento de todos los órdenes: comercial, agrícola, más el del ramo de la diversión, que no es el menor, precisamente. Por eso podían mantenerse florecientemente tres periódicos, dos emisoras de radio y una de TV. Lo justo para que antes de muy poco todo el mundo estuviera enterado de la «dimisión» del sargento «Quick» Joe Moran. Algunos respirarían tan aliviados como si se dieran un baño de oxígeno puro.

Llegué a mi casa. El portero me miró con hostilidad, pero no dijo nada. Me metí en el ascensor y subí hasta el séptimo piso, que era donde tengo mi apartamento.

Éste es pequeño, pero cómodo. Soy amante de la vida de hogar, aunque por azares de mi profesión no haya podido disfrutar apenas de ella. Y la mayoría de mis ingresos se han ido siempre en vivir bien, dentro, naturalmente, de lo que he podido costearme con el sueldo. Libros, muebles confortables, en fin, lo corriente, pero con gusto.

Además, mi apartamento me gusta. Tiene una pequeña terraza, desde la cual se divisa una vista magnífica del lago Plain Dam, pequeño mar artificial de unas veinte millas de largo por tres de ancho, originado como consecuencia de la erección de una presa que suministra energía eléctrica a la ciudad, además de regular el agua para el riego. La orilla Este está situada a una milla escasa de

mi apartamento, y en cuanto viene el buen tiempo, me paso las horas libres tumbado cómodamente en una hamaca instalada en la terraza, con un refresco al alcance de la mano y la radio al lado.

Además de proporcionar agua y energía, el Plain Dam ha originado, en los últimos tiempos, una apreciable corriente turística. Los constructores de la presa tuvieron la magnífica idea de repoblar sus orillas y su interior, de árboles y peces, respectivamente, con lo que, poco a poco, las riberas se han ido llenando de casas y chalets de gente que viene a pasar aquí sus vacaciones, nadando y pescando. El balandrismo y el motorismo náutico son dos deportes que también han tenido mucha aceptación y en cuanto viene el buen tiempo las aguas del lago se pueblan de embarcaciones de todas clases.

Todo este panorama se divisa magníficamente desde mi apartamento, y aún mucho mejor cuando lo hago a través de los prismáticos que me traje como recuerdo de mis andanzas por Corea. Resulta confortador, después de la dura tarea del día, poder ir a la terraza a descansar.

Pero ahora todo este bello panorama estaba a punto de esfumarse. No podía pasarme los días tendido en la tumbona; algo tendría qué hacer. Los dos mil dólares no iban a ser eternos.

Saqué la llave y la introduje en la cerradura. Apenas lo hube hecho me di cuenta de que alguien se me había anticipado.

Largos años de vivir siempre junto al peligro habían alertado mis sentidos, hasta el punto de que a veces yo mismo me creía ser una fiera salvaje. En un instante desapareció toda mi laxitud y todos mis músculos y hasta el último de mis nervios pasaron inmediatamente al estado de alerta.

Empujé la puerta, sintiendo una desagradable sensación en el estómago. ¿Alguien quería vengarse de mí?

Por lo que pudiera tronar, tomé una silla que había junto al marco. Cuando menos no me hallarían desprevenido, ya que la otra pistola que tenía estaba guardada en el armario ropero, entre mis camisas.

Pronto vi, sin embargo, que no eran necesarias aquellas precauciones. Los dos hombres que, cómodamente repantigados en un diván, estaban bebiéndose mi mejor coñac —ya he dicho que soy amigo de los refinamientos— no parecían abrigar intenciones

agresivas.
Se pusieron en pie al verme entrar.
Uno de ellos era alto, robusto, tanto como yo, pero lo agradable de su rostro quedaba bien pronto desvirtuado por la cicatriz que se extendía desde la comisura derecha del labio inferior hasta el mentón, en un repelente zigzag. Hubiera sido un guapo mozo sin este detalle.
El otro era un tipo canijo, desgarbado, pese a su pretenciosa elegancia de traje oscuro con rayitas y su detonante corbata de lunares. Un cigarrillo a medio consumir pendía de sus pálidos labios.
Eran desconocidos para mí y cuidado que yo conozco bien a todos los maleantes de la ciudad.
Se presentaron.
—Yo —dijo el más alto—, soy Harry Bugley. Éste —y señaló al desmedrado—, se llama Tommy Glafiro. ¿Qué tal, Moran?
Lancé una mirada oblicua en dirección a la mesita donde estaban la botella y los vasos.
—Buen coñac, ¿eh? —dije.
Glafiro chasqueó la lengua.
—Estupendo, amigo.
—Un poco flojo —comentó Bugley—. En fin, hay gustos…
—Eso digo yo —repuse—, pero no tengo ninguno en verles por aquí.
Glafiro dio un codazo a su compañero.
—No es muy cortés el sargento, Harry.
—Exsargento —le corrigió el otro, y luego me miró—. ¿O me equivoco?
—No, está en lo cierto. Y ahora que ya sabemos quiénes somos unos y otros, ¿por qué no se largan?
—Poco hospitalario —comentó Glafiro. Empujó la colilla con la lengua y la dejó caer sobre la alfombra navajo. La aplastó con el tacón de tres centímetros de su zapato, sin importarle arruinarme el tejido.
Traté de contenerme.
—Quiero descansar. Váyanse.
Bugley meneó la cabeza.
—No. Hemos de hablar con usted.

—Hermanos, no tengo el ánimo para negocios. Fuera de mi casa.

—Quieto, Moran. Olvide su apodo. Tome una copa —y me la sirvió—. Beba y calme sus nervios.

—Los tengo congelados.

—No después de la patada que le han pegado en el Departamento.

—Las noticias corren muy pronto en la ciudad —observé, probando el coñac.

—Los medios modernos de información, supongo —dijo Bugley con indiferencia—. Bien, ahora se quedó sin empleo.

—Se equivocan. Tengo uno.

Glafiro arqueó dos cejas apenas visibles.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Cuidar de mí mismo —señalé con el pulgar hacia la puerta que había a mis espaldas—. Sentiría tener que arrojar sus trozos en el cubo de la basura. Ahuequen.

—Olvídelo, «Quick». Ahora no está en la policía. Perdió los galones —murmuró cortésmente Bugley.

Empecé a cansarme de aquel infructuoso torneo dialéctico. Terminé el coñac y lo dejé sobre la mesa.

—Fatigan —dije—. Y estoy cansado.

—Nosotros le vamos a proporcionar medios para que se reponga del disgusto —dijo Bugley—. Venga con nosotros.

—Me espera la cama.

—Le espera Marley, lo cual es muy diferente.

El nombre me golpeó en pleno pecho. ¡Marley!

—¿Qué quiere ese buitre de mí?

Glafiro se encrespó. Echó el pecho hacia afuera y dijo:

—¡Cuidadito, Moran!

Bugley alargó el brazo, conteniendo al microbio.

—Tranquilo, Tommy. Usted, «Quick», acompáñenos.

CAPÍTULO II

Corríamos por la carretera que lleva de la ciudad al Plain Dam. Iba en el asiento delantero, situado entre Bugley y Glafiro, conduciendo aquél. El coche era un convertible blanco «Chrysler 60», que rezumaba lujo por cada uno de sus gramos de metal. Era tan ancho que aún sobraba espacio para «La mujer más gorda del mundo» y su sobrino.

Herbert Marley era el dueño del «All American Casino», un establecimiento cuyo nombre lo dice todo. El «Casino» estaba situado en la orilla oeste del lago y yo veía sus luces reflejarse en las aguas por la noche hasta que el alba las barría.

Él local era semiflotante, instalado aguas adentro del lago, sobre una larga teoría de pilotes que sustentaban su enorme estructura. Había estado allí algunas veces, de servicio siempre, por supuesto; nunca había sido lo bastante cándido como para dejarme en las mesas de ruleta o «bacará» el fruto de un duro trabajo. Era un establecimiento lujoso, indiscutiblemente el mejor de toda la región y desde largas distancias acudían allí los ociosos para dejarse desplumar con gusto, sólo por poder enseñar después uno de los aparatosos ceniceros que Marley encargaba expresamente para que se los llevasen subrepticiamente como «*souvenir*» de su estancia en el «Casino». Podía hacerlo, desde luego; sus exorbitantes ingresos le habrían permitido, incluso, fabricarlos en plata pura.

Hasta el momento actual, yo no había sabido que Marley hubiese tenido dificultades de ningún género con la policía. Por descontado que siempre tenía al lado una corte de individuos de mal vivir, que le garantizaban el orden en su tugurio, pero ninguno de los tipos que le obedecían había creado jamás el menor conflicto. Más o menos, conocía a todos los que le servían e incluso a algunos los había tratado, siquiera superficialmente; pero aquellos que me llevaban en su centro eran completamente nuevos para mí.

A un kilómetro de la salida, la carretera doblaba hacia la izquierda, adentrándose en la cresta del dique, cuya anchura era superior a los quinientos metros. Realmente, era una obra de ingeniería de la que bien orgullosa podía sentirse la ciudad.

Rodamos sobre la cresta, cruzándola en menos de treinta segundos. A la salida vimos un par de motoristas camineros, fumando negligentemente un cigarrillo, al lado de sus máquinas paradas. Los conocía y me conocían; y uno de ellos golpeó con el codo a su compañero, al mismo tiempo que me señalaba con el pulgar. Estoy seguro de su comentario: «Vaya, pues el sargento no ha perdido, mucho el tiempo para buscar un nuevo empleo».

A la salida doblamos hacia la derecha, corriendo durante otro kilómetro por el camino que bordea el lago. Poco más tarde, avistamos la entrada del «All American Casino».

Bugley manejó de modo que el coche quedase situado en la parte norte del edificio, es decir, al lado opuesto del dique. Frenó, deteniéndose ante una puertecita lateral de discreto aspecto.

El canijo saltó al suelo y mantuvo la puerta abierta, en tanto me miraba descaradamente. Bajé, ajustándome instintivamente los faldones de la chaqueta.

Cruzamos la puerta y pasamos por un corto corredor, al final del cual había una escalerilla, que nos condujo al primer piso. Una puerta nos salió al paso.

Bugley golpeó la madera con los nudillos, de acuerdo con una señal previamente concertada. Una mirilla se abrió, un par de ojos nos escrutaron y al cabo sentí descorrerse un cerrojo.

Pasamos a una salita, amueblada con discreción. Esperamos un par de minutos, en tanto que el tipo que nos había abierto desaparecía tras unos cortinajes.

Reapareció, echando las cortinas a un lado. Glafiro me tocó en el costado.

Le miré con gesto helado. Quiso decirme algo, pero se lo pensó mejor y se contuvo.

Eché a andar.

Crucé bajo las cortinas y me encontré en una estancia que más parecía una pista de baile. Dos de sus ángulos eran completamente encristalados y daban al lago. Uno de ellos, el del lado norte, caía directamente sobre las aguas, en tanto que el otro formaba una

pequeña terraza por la parte de afuera. En la terraza faltaba un trozo de barandilla, sin duda para permitir saltar a los nadadores al lago desde la palanca que sobresalía del borde.

Había varias personas en la estancia. Uno de ellos era el tipo que nos había abierto, un tal Cogney, «croupier» a sueldo de la casa. De confianza de su jefe, sin duda. El otro era un fulano inmenso, que me pasaba en diez centímetros y veinte kilos al menos. Su nombre era Reason, pero ellos le llamaban «Packet» (Paquete), sin duda recordando lo malo que había sido en sus tiempos de boxeador. Sus torpes andares, sus manos vacilantes y sus pupilas irresolutas delataban en él al hombre que tiene incurablemente lesionado el cerebro como consecuencia de los golpes recibidos en el «*ring*».

El tercero era el propio Herbert Marley, elegantemente ataviado con una camisa de «yatchman» y unos pantalones gris-blanco impecables. Rebasaba ya los cuarenta y cinco años, pero se mantenía ágil y en forma, y la glacial mirada de sus ojos azules decía silenciosamente que no era hombre que se detuviese ante ningún obstáculo cuando de conseguir una cosa se trataba.

La cuarta persona, en fin, aparte de mis acompañantes, era una mujer. Alta, esbelta, de talle inverosímil, vestía una blusa roja sin mangas y una falda blanca muy ajustada, calzando unos zapatos de inverosímil tacón. Tenía el pelo renegrido como ala de cuervo y la piel tostada por el sol, más bien dorada, diría. Hubiera podido parecer una india de película, a no ser por sus pupilas de un verde intenso que parecían justamente las de un gran gato. No se le advertía maquillaje, pero sus labios hacían palidecer a la blusa que ceñía su firme busto.

Cuando entré, Marley se adelantó hacia mí, sonriendo por debajo de su cuidado bigotito. Me estrechó la mano con calor no fingido.

—¿Cómo está, Moran? Cogney, pon algo fresco para el sargento. Tendrá sed, ¿verdad?

—Algo —dije—. Pero se olvida de que ya no pertenezco a la policía, Morley.

—¡Es cierto! ¡Cuánto lo siento! —dijo, simulando mucha pena—. Le jugaron una mala trastada, Moran.

Mis ojos no se separaban de la morena, la cual estaba apoyada en el ángulo de los dos cristales, con un vaso en la mano. Ella

también me miraba fijamente, pero no sonreía.

Alguien me puso en la mano un alto vaso, en el cual tintineaban los cubitos de hielo.

Marley dijo:

—Dispénseme, Moran. No le he presentado a la señorita Honey Connolly. Honey, éste es «Quick» Joe Moran. Mucho cuidado con él; es tan rápido como lo que significa su apodo y aún más todavía.

Ella agitó negligentemente su mano izquierda.

—¡Hola, «Quick»! Llámeme Honey, ¿quiere?

—Con gusto… dulzura[2]. Pero mi nombre auténtico es Joseph, Joe para los amigos. ¿También Honey es apodo?

—No, es mi nombre auténtico, aunque pueda parecerle mentira, Joe.

Marley me tomó del brazo.

—Bien, y ahora que nos conocemos, venga aquí y siéntese conmigo. Estará preguntándose por qué le hice venir, ¿no?

—Carezco del vicio de la curiosidad. Quedé muy harto durante mi estancia en la Policía —dije, apartando mis ojos con esfuerzo de la figura de Honey y mirando a Marley.

Nos sentamos en un diván.

—Esos tipos le han hecho una guarrada, Moran. No hay derecho a portarse así con un tipo tan excelente como usted… después de todo cuanto trabajó y se jugó el tipo por mantener limpia la ciudad.

—Gracias, pero no necesito la conmiseración de nadie —dejé el vaso sobre una mesita próxima, sin habré probado su contenido. Saqué cigarrillos y empezamos a fumar—. Abreviemos, Morley. ¿De qué se trata?

—Le necesito, Moran.

—No me gusta el papel de guardador del orden en su garito y no aceptaré —repuse en tono firme.

—¿Quién ha hablado de un empleo semejante? Escúcheme un momento y luego decida… aunque espero que decidirá de acuerdo con mis deseos. Para empezar…

Chasqueó los dedos y Cogney se acercó con un impresionante fajo de billetes de a cien, crujientes y nuevecitos, en las manos.

—Tome —dijo Morley, entregándomelo. (¡Cielos! Había diez mil al menos).

Le miré fijamente.

—¿Qué quiere pagar con todo este tesoro?

—Sus servicios, Moran. Y esto no es más que un anticipo para primeros gastos. Si consigue usted lo que deseo, tendrá cien mil.

—Si quiere que liquide a alguien, se equivocó de registro, Marley —dije, y le tiré el fajo sobre las piernas.

—¡Jefe! —Gruñó el esmirriado, dando un paso hacia mí.

—Quieto, Glafiro, La cuestión está entre el sargento y yo.

La morena onduló hasta un enorme piano de cola situado frente a nosotros. Se sentó en el taburete y levantó la tapa. «16 Toneladas» empezaron a correr por encima de las teclas, muy suavemente, de una forma perfectamente audible.

Morley me devolvió el dinero.

—No se impaciente. Moran. Escuche, usted ha oído hablar de Maudie Connolly, ¿verdad?

Asentí, al mismo tiempo que miraba de reojo a la pianista.

—Tuve a mi cargo el caso en los primeros días. Después, el teniente Crocics me relevó.

—El asesino no ha sido descubierto.

—Hasta ahora, Marley.

—Bien —inspiró con fuerza el otro—. Por eso le he mandado llamar a usted.

Esta vez sí que me sorprendí. Cualquier cosa hubiera esperado menos aquélla.

—No le oí bien —dije.

—Déjeme explicarle. Maudie Connolly era mí… digamos mi mensajera. Venía de Miami y traía un encargo para mí. Creí que nadie lo iba a saber, pero me engañé.

—Encontraron su cuerpo a unas cinco millas de aquí, hacia el norte —murmuré—. ¿Cómo se explica esto? Ella venía de Miami, es decir, del Sur.

—Sabía que la perseguirían. Para despistar a sus posibles perseguidores, dio un gran rodeo. Pero la alcanzaron antes de llegar aquí. Usted sabe que la encontraron flotando sobre las aguas, con un balazo en la nuca. El coche estaba parado al lado del muro de contención que hay en aquella parte del lago y que forma una de las orillas de la carretera. Sabe también que se encontraron raspaduras en el guardafangos delantero derecho, lo cual indica claramente que otro coche la alcanzó, la rebasó ligeramente, obligándola a

detenerse junto al borde, empujándola contra éste. Después, el o los asaltantes la mataron, no sin antes haberse apoderado del mensaje que me traía.

—Debía ser muy importante cuando juzgaron oportuno suprimir la vida de una persona. ¿Qué era, la fórmula de un combustible secreto para cohetes?

Marley encanutó los labios para expulsar lentamente el humo.

—No. Era algo que valía millón y medio, Moran. Respingué.

—¡Diablos! ¡Vaya un recadito que le traían!

—Para mí, importantísimo, sargento. Por eso le ofrezco ahora diez y cien más tarde, cuando haya descubierto al asesino de Maudie y hallado el mensaje.

—Tiene usted hombres que pueden hacerlo perfectamente.

—No. Ellos… Trabajan en otras cosas. Es usted quien tiene que hacerlo.

Me puse en pie. Dejé caer sobre el diván el fajo de billetes.

—Muchas gracias por su invitación, Marley. Un día de estos vendré por aquí para jugarme cincuenta centavos a la ruleta.

Sus ojos chispearon de cólera.

—¿Significa eso que rechaza mi oferta, Moran? —dijo, perdiendo parcialmente la ecuanimidad.

—Justamente, Marley. Si la Connolly le traía un mensaje de tanta importancia y lo traía a escondidas, porque era perseguida, eso quiere decir que la cosa era menos legal que cazar ardillas con bombas atómicas. Y si hay alguna cosa que yo deteste de todo corazón son los negocios sucios. No, señor, no; aún no he caído tan bajo como para eso.

Los ojos de Marley chispearon.

—Quien no está conmigo, está contra mí, Moran —dijo.

—Podría decirle lo mismo —repuse fríamente. Moví la mano en círculo—. ¿Va a echarme encima toda esta jauría de sabuesos?

—Cogney —dijo lentamente Morley—, creo que tenías razón cuando dijiste que el asunto de la expulsión del sargento del Departamento de Policía no era más que una cortina de humo destinada a engañar a los incautos. ¿En qué asunto se va a meter ahora, Moran?

—En ninguno suyo, por supuesto. Y ahora que ya hemos hablado bastante, ¿quiere ordenar que me devuelvan a la ciudad?

—Piénselo bien, Moran. Son cien mil… más gastos.

—Me gusta dormir tranquilo por las noches y trabajando para usted agotaría en una semana las existencias de somníferos. No, he dicho.

Glafiro avanzó agresivamente hacia mí.

Honey seguía recorriendo con los dedos las teclas del piano. Ahora interpretaba algo más clásico: la «Marcha Fúnebre» de Chopin.

—Jefe —dijo el canijo—, ¿me permite convencerle?

Marley vaciló, lo cual fue tomado por Glafiro como una aquiescencia.

Saltó sobre mí.

Soy fuerte y membrudo y el hecho de que aquel individuo que no rebasaba los cincuenta kilos se me arrojase encima, me dejó paralizado en el primer momento.

Mi asombro estuvo a punto de serme fatal.

La mano de Glafiro me golpeó de canto el diafragma, vaciándome los pulmones de aire. El piano estalló con un salvaje acorde.

Me doblé sobre mí mismo boqueando agónicamente.

Sólo mi continuo hábito de enfrentarme con situaciones de violencia me salvó del segundo golpe.

Levanté el brazo izquierdo parando otra estocada similar a la anterior pero dirigida a mi nuca. Si me alcanza me derriba.

Glafiro escupió un atroz insulto. Retrocedí un paso. Ahora ya no me hallaría más desprevenido.

El fulano debía ignorar las habilidades que le enseñan a uno en la Infantería de marina para ir a la guerra, que es algo más serio que una lucha de dos *gangs*.

Cuando el tipo quiso asestarme otro golpe, extendí de nuevo la mano izquierda, bloqueándole el gesto. Acto seguido, disparé el filo de mi mano derecha hacia su nuez.

Sabía que lo pararía. Por eso no fue más que una finta, destinada a engañarle. Al hacerlo así descubrió su estomaguito, en el cual le clavé hasta los cordones, la punta de mi zapato.

Los ojos de Glafiro voltearon en sus órbitas. El resto fue sencillo.

Le tomé por el cuello de su atronadora chaqueta y el fondillo de los pantalones, izándolo en vilo. Le mantuve así unos segundos,

dejando deliberadamente que chillase y patalease como un conejo y luego le lancé hacia adelante.



Le mantuve así unos segundos...

Su cuerpo atravesó el espacio como un obús. El grito de pánico que había proferido quedó instantáneamente ahogado por el fenomenal estallido de los cristales que rompió al pasar. Un

segundo más tarde, soné el chasquido que causaba al hundirse en las aguas del lago.

Bugley se arrojó contra mí. Éste era más enemigo y lo dejé llegar.

Cuando estuvo a la distancia oportuna, ladeé el cuerpo. Su puño pasó por el lugar en donde un segundo antes había estado mi barbilla. No dejé que retrocediera. Tampoco tenía ganas de estropearme los nudillos.

Así su muñeca y se la retorcí cruelmente, ahuecando la cintura para esquivar un furioso patadón. Bugley se retorció sobre sí mismo, chillando como un becerro. Alargué la mano izquierda y le metí los dedos en los ojos. Suavemente, claro, no quería cegarle.

Berreando salvajemente, Bugley retrocedió, alargando las manos para no tropezar con los muebles. Los ojos le iban a doler unos cuantos días.

Pero aún quedaba más gente. Uno de ellos era «Packet» en cuyos vacunos ojos se veía ahora un brillo asesino.

El piano seguía tocando. Ahora era un «Impromptu», de Schubert.

Retrocedí, sin poder evitarlo. Por el rabillo del ojo pude ver la sonrisa de satisfacción de Marley.

«Packet» siguió avanzando, hasta que mis espaldas fueron detenidas por el muro. En el lado opuesto, Cogney se contemplaba las manos especulativamente. Un «croupier» como él no podía permitirse el lujo de arruinárselas en una pelea.

Un puño del tamaño de un saco de patatas avanzó hacia mí. Dentro de su limitada inteligencia, el boxeador era listo. Calculó el lugar hacia donde iba yo a esquivar y, efectivamente, allí me encontró.

Aunque sólo fuera el hombro, el golpe me pareció causado por un martinete hidráulico. Lo devolví, tocando la barbilla de «Packet», el cual se limitó a sonreír y disparar su zurda.

El golpe me alcanzó en la oreja, la cual empezó a hincharse enseguida, al mismo tiempo que un millón de timbres de teléfono estallaban dentro de mi cerebro.

Salí despedido hacia un lado. Al pasar tomé una silla, pero me fue arrancada de las manos con toda facilidad. Un pistón de locomotora me sacó el estómago por la espalda.

Me doblé, viéndolo todo rojo. «Packet» me cogió por los pelos, obligándome a enderezar el cuerpo. Su puño se agrandó hasta llenar por completo mi horizonte visual.

No lo sentí llegar hasta la mandíbula. Sólo recuerdo que me pareció como si dentro de mi cerebro estallase un cartucho de dinamita. Después, el fogonazo se convirtió rápidamente en el fondo de un pozo.

Desperté, viendo ante mí una serie de rápidos chispazos de todos los colores. Pronto supe que era la luz del techo, refractándose contra el líquido contenido en un vaso que alguien me alargaba.

Bebí. El licor aumentó la temperatura de mis venas, al mismo tiempo que me aclaraba un tanto las ideas. La mano que sostenía el vaso estaba terminada en unas uñas puntiagudas, de color sangre.

Honey se retiró y entonces advertí que me hallaba sentado en el diván. Frente a mí, con las piernas ligeramente abiertas, en pie, se encontraba Morley. Cogney y «Packet» bebían pausadamente un poco más lejos. Los otros dos habían desaparecido.

Me dolían la mandíbula y la oreja. Pero salvo esto, ya había recobrado la total conciencia de mis actos.

—Espero que lo que le haya sucedido modifique su modo de pensar, Moran.

—Está en un error, amigo —repuse—. No trabajaría para usted ni que me muriera de hambre.

—Creo que no sabe lo que dice, sargento. Los golpes que le propinó Reason le han alterado el raciocinio.

—Usted puede machacar el hierro, golpearlo, estirarlo, fundirlo, mezclarlo con otros metales, pero siempre será hierro. No lo convertirá en oro ni diamantes, Morley. No sé si me entiende.

—Los médicos aseguran que el hierro que hay en el organismo humano es apenas suficiente para media docena de clavos —dijo el fulano pensativamente—. El resto es… carne blanda y maleable.

Traté de ponerme en pie y lo conseguí. Honey estaba de nuevo ante el piano. Ahora tocaba la marcha del toreador de «Carmen». Siempre en tono muy bajito y apagado.

—Le doy veinticuatro horas para que lo piense, Moran —me dijo Marley—. Pasado ese plazo actuaré.

—¿Me enviará a hacer compañía a Maudie Connolly?

—¿Quién sabe, Moran? Piénseselo bien; todos os días no se va a

encontrar usted con un incauto que le ofrezca cien mil dólares por un trabajito relativamente sencillo. A fin de cuentas, aunque usted no estaba encargado del caso, conocía todos los detalles del mismo, especialmente esos que no llegan nunca a conocimiento del público. Tales datos pueden ser muy interesantes para averiguar lo que deseo.

—Maudie Connolly le traía a usted un mensaje que valía millón y medio. Seguro que eran millón y medio de porquerías, ¿no?

—Suficiente, bastardo —dijo, insultante—. No quiero oírle ni una palabra más. Mañana, a estas horas, irán mis hombres en busca de una respuesta.

Tiré de los faldones de mi chaqueta, ajustándomela.

—¡Adiós! —dije, encaminándome hacia la puerta.

El piano cesó bruscamente. A mis espaldas oí el taconeo de la chica.

—¿Va a volver a pie hasta Bedar County, Joe? —dijo ella.

—En Corea anduve una vez cincuenta y seis kilómetros de un tirón.

Ella me tomó del brazo.

—Aquello era diferente. Ahora… no tiene que pagar billete. Yo le llevo gratis. ¿Vamos?

CAPÍTULO III

Honey tomó el convertible que me había traído y que continuaba en el mismo sitio. Era ya de noche y todas las luces del casino se habían encendido constituyendo un espectáculo magnífico al duplicarse en las aguas del lago.

La muchacha arrancó suavemente y sorteó los coches que ya afluían llenos de gente para dejar sus lindos cuartos a Marley, hasta alcanzar la carretera. Entonces fue cuando yo dije:

—¿En qué espectáculo ha danzado hasta ahora, preciosa?

Ella me arrojó una mirada oblicua.

—¿Cómo lo ha sabido, Joe?

—Los músculos de las piernas se le advierten fácilmente a través de esa falda sintética que lleva.

Rió apagadamente.

—Es usted, muy observador. En efecto, he bailado.

—¿Dónde?

—En las *Rockettes.*

Sin poderme contener, lancé un silbido de asombro. Las *Rockettes* de Radio City Music Hall, de Nueva York. El mejor conjunto femenino del mundo. Con la disciplina de un batallón de la Legión Extranjera y la habilidad de una compañía de honores. Cuarenta y seis bellísimas mujeres, magníficamente pagadas, trabajando siempre treinta y seis, tres semanas seguidas de cada cuatro, pero cobrando íntegramente por las cincuenta y dos del año. Allí se ven las mujeres más hermosas del mundo. No hay ni una sola que no se case ventajosísimamente y de ello pueden dar buena fe los petroleros lejanos. Siempre hay bajas en el transcurso del año, pero siempre hay más aspirantes que las que se pueden admitir. Una labor cansadora, pero renumeradora y envidiada. Ni un fallo en el conjunto, ni una discrepancia de una décima de segundo con las demás ni con la orquesta. Haber formado parte de las *Rockettes,* y

haber dejado el conjunto, siempre, naturalmente, por motivos honorables, es una patente infalible para hallar trabajo en cualquier otra parte. Inmediatamente, sin discusión alguna.

Y ahora ella estaba allí, mezclada con unas gentes tan poco recomendables como el azúcar en un asado de ternera.

—Maudie era su hermana —dije. Asintió.

—¿Ha venido aquí por hallar al asesino?

—Algo de eso hay, Joe —contestó.

—Esas cosas deben dejarse para la policía, Honey.

—¿Qué policía? —dijo ella con no disimulado sarcasmo.

—Cuando hay en el juego un millón y medio, los peligros abundan.

—Lo sé. Pero Maudie murió con un tipo en la nuca.

—Debió conocer a sus asesinos.

—Cierto. Los muertos no hablan. Oiga —añadí—, ¿la ha enviado Marley para tratar de convencerme y que les ayude?

Sacudió la cabeza.

—No me gusta forzar a la gente. Simplemente, quise darme un paseo hasta la ciudad.

—¿Qué relación tenía Maudie con Marley?

—Estaban casados.

La noticia me dejó frío. Esto era algo completamente nuevo para mí.

—¿Por qué no lo hacían público?

—El negocio, supongo —contestó ella con indiferencia.

—Debía ser muy bueno, cuando se ejecutaban operaciones de un millón y medio de dólares.

—Eso creo. Pero quiero que sepa que yo no tenía la menor relación con ellos, fuera de la familiar, naturalmente.

—Por lo tanto, si está aquí es por el estricto deseo de vengar a su hermana.

—Usted lo ha dicho —y golpeó el volante hacia su izquierda.

Enfilamos la carretera que cruza sobre el coronamiento del dique. Una serie de faroles alumbran el camino como si fuera de día.

—No la creo, Honey.

Se encogió de hombros.

—Haga lo que quiera, Joe.

—Millón y medio de dólares es una cantidad capaz de volver loco al más sereno.

—Sí, pero a mí me deja fría.

—Entonces, ¿por qué ha abandonado las *Rockettes*?

—Ya se lo he dicho antes, Joe.

—Miente, Honey. Muerta su hermana, Marley es un buen partido. Usted quiere conquistarlo. El «All American Casino» es un negocio fabuloso y…

El pie de la chica se clavó en el freno. Por un segundo pude evitar el dejarme las narices contra el parabrisas.

—¿Eh? —protesté airadamente—. ¿Qué diablos está haciendo?

Detuvo el coche al borde del muro. A sesenta metros de nosotros las aguas del sobrante burbujeaban y se arremolinaban al pie del muro.

Me miró con ojos incendiados por la ira.

—Bájese.

—Pero…

—Bájese le digo —replicó con duro acento.

Así la manija de la portezuela.

—Está bien; ya dije antes que no me asustan las marchas a pie. Bueno, hasta la vista, guapa.

No dijo nada más. Volvió la vista al frente y levantó la barbilla.

El coche arrancó con un violento rugido. Sonreí, mientras encendía un cigarrillo y lo dejé colgar de los labios. Metí las manos en el bolsillo de los pantalones.

Eché a andar, tratando de pensar en lo que me había sucedido. Apenas expulsado de la policía, ya me había salido un buen trabajito. Nada menos que cien mil por hallar al asesino de Maudie Connolly Marley.

Maudie era portadora de un recadito de millón y medio. Alguien le había salido al paso, arrebatándole… el mensaje y después, para evitar ser reconocido, la había agujereado el cráneo, arrojándola acto seguido al agua. ¿Qué era lo que más deseaba Marley… hallar al asesino… o encontrar el mensaje perdido?

Si encontraba al asesino, sería posible obligarle a decir dónde había escondido el mensaje. Pero, para mí, era casi más secundario hallar este último que al propietario de la mano que había apretado el gatillo. Muy importante debía ser tal mensaje, si es que en

realidad lo era, para valer tan altísima cantidad. ¿De qué diablos se trataba? ¿Joyas robadas, acaso?

Luego empecé a pensar en quién o quiénes podían haber tenido interés en el asunto. ¿Quizá los competidores del propio Marley, ansiosos de arruinarle? Éste era un ángulo desde el cual no se había enfocado el caso, naturalmente, porque la policía, hasta entonces, había permanecido ignorante de tales detalles. Pero ahora que ya lo sabía, cabía dentro de lo posible que los rivales de Marley, algunos de ellos, claro, hubieran tomado cartas en el asunto.

Estaban Kramer, del «Golden Stork»; Villada, de «El Patio», Rosebuch, del «Frisco», y Willings, del
«Bermuda's».
Éstos eran los más importantes y los que en cierto modo, podían hacer alguna sombra a Marley. Los demás no contaban.

Era una buena pista, al menos en apariencia. Tendría que seguirla, sí, pero…

¡Diablos! ¿En qué estaba pensando? ¿No había dicho que no quería trabajar para Marley de ninguna forma? Que se fueran al infierno él y su mensaje de un millón y medio. En los últimos diez años, entre la guerra de Corea y mi trabajo en el Departamento de Policía, ya había tenido más agitación que la que un hombre normal desea. Ahora me había llegado el turno de buscarme un empleo corriente y sedentario, que me permitiera dejar de trabajar todos los días a las cinco de la tarde y fines de semana para pescar desde el viernes a mediodía. ¡Fuera preocupaciones!

Con todo esto, ya había llegado al final del dique, donde la carretera empalmaba con otro camino para ir a la ciudad. Aquí se producía un pequeño bache de luz, que sumía en la penumbra, sobre todo comparado con el derroche de luminosidad que era el coronamiento de la presa, aquel punto.

Un coche se me acercó, retrocediendo. Era el famoso convertible.

Los ojos de Honey fosforescían al mirarme.

—Suba —laconizó.

—Váyase a paseo —contesté, sin sacar las manos de mis bolsillos.

Seguí andando. Ella acomodó la marcha del coche a mis pasos.

—No sea estúpido, Joe. Le llevaré hasta la ciudad.

—Tengo ganas de respirar aire puro mientras ando. Últimamente sacaba mucho brillo a los fondillos de los pantalones.

—Vamos, no se haga de rogar. No pienso pedirte que busque al asesino de Maudie.

—No con las palabras, sino con los ojos, Honey. Bonito nombre —comenté—; me gusta.

—A mí también me gusta su apodo. «Quick». Rápido. ¿Lo es con las mujeres tanto como con el revólver?

—Hasta ahora no ha muerto ninguna de las que se relacionaron conmigo.

—Suba, Joe; no se haga el orgulloso. Usted no lo es.

—Por cierto que no. Poseo la humildad de un fraile franciscano.

Súbitamente, el motor del coche se caló. El auto se detuvo y yo seguí andando, en tanto la chica luchaba por ponerlo en marcha.

Lo consiguió y el motor emitió un rugido. Arrancó con tanta fuerza que, instintivamente, tuve que volverme.

Barboté una imprecación. ¡La muy…! Pues no me estaba arrojando el coche encima…

Vi fugazmente su brazo derecho que se movía rápidamente, pero no me preocupé de más, porque en aquel momento ejecuté una impresionante zambullida, viejo recuerdo de los tiempos bélicos El coche se detuvo a un centímetro de mi brazo izquierdo, con un impresionante chirrido de gomas.

En aquel instante sonó un estrépito ensordecedor. Una ametralladora tableteó sonoramente por encima de mi cabeza.

Oí claramente el chasquido de las balas al atravesar las planchas metálicas y el vibrar de los vidrios al volar por los aires en mil pedazos. Una goma se desinfló súbitamente con un profundo suspiro.

Un motor roncó estruendosamente. Dos o tres balas levantaron chispas rojas del asfalto, a pocos centímetros de mis narices. Después, cesó el tronar de la ametralladora.

Temiendo que el coche de los forajidos volviera a darme otra pasada, me deslicé hasta casi situarme debajo del convertible. Me mordí los puños de rabia, jurándome a mí mismo que no volvería a salir más de casa sin una pistola en la funda.

Durante unos segundos, no hubo otra cosa que silencio. Después, por encima de mi cabeza sonó el chasquido de una puerta al

abrirse.

Por debajo del guardafangos vi unos tacones altos continuados con nylon. Alargué la mano y tiré de aquellos tobillos.

—¡Ay! —gritó la morena al caer.

—Tírese al suelo, estúpida —le increpé—. Ha salvado la vida por milagro, pero dos ya serían mucho en un solo día.

Honey cayó a mi lado. Sí, sus ojos brillaban en la oscuridad.

—¿Cree… que volverán? —balbució, con un hilo de voz.

—No lo sé pero no tendría nada de extrañar. De modo que me echó el coche encima para salvarme.

Ella asintió mordiéndose los labios.

—Vi… vi venir al otro y… bueno, le grité, pero usted no hizo caso.

—¿Está herida? —pregunté innecesariamente…

—No… Apenas hube frenado, me tiré al suelo del asiento… No me hirieron…

—Ha tenido suerte —comenté con sequedad. En aquel momento se oyó a lo lejos el aullido de una sirena que se acercaba—. Salgamos; después de esto ya no pueden hacernos nada más.

Volvimos a arrastrarnos. Me estremecí, pensando en la factura de la tintorería, si es que querían admitir el traje allí, pero acabé por salir justo en el momento en que un coche patrullero, con su faro oscilando en rojo, se detenía junto a nosotros.

Un par de hombres de civil saltaron pistola en mano. Reconocí en el acto a uno de ellos.

—Tranquilo, Vallez —dije—. Soy yo, Moran.

—¡Hola, Joe! —exclamó el sargento—. ¿En qué mil diablos de lío te has metido?

—Yo, en ninguno. Pasaba por aquí y alguien me ametralló. La suerte es que este coche parara a mi lado. Me tiré debajo y…

Vallez miró inquisitivamente a la chica.

—¿Quién es, Joe?

—Se llama Honey Connolly y es… amiga mía —repuse.

—¡Ah! Bueno, si tú respondes por ella…

—Respondo, Vallez; y tú ya me conoces de sobra, ¿estamos?

—De acuerdo —y me guiñó un ojo. Luego preguntó—: ¿No tienes idea de por qué quisieron balearte?

Me encogí de hombros.

—No tengo muchos amigos en Bedar County, Vallez. Algún resentido, supongo.

—Bueno, muchacho. Me alegro de que no haya sido nada. Procura cuidarte, ¿eh? —Miró a Honey significativamente y se echó a reír—. Sí, procura cuidarte, Joe. Hasta la vista.

Seguido de su acólito, Vallez volvió al coche y se alejó.

Miré al convertible. El parabrisas tenía media docena de impactos en un lugar tal que de no haber andado lista Honey la hubieran volado la cabeza. Había más impactos en la carrocería, pero todos altos, al nivel de la cintura. Aquello me hizo pensar bastante. ¿Contra quién habían sido dirigidos los disparos?

Ella preguntó:

—¿Por qué le dispararon, Joe?

—Ya oyó la respuesta que le di al sargento. No tengo muchos amigos en la ciudad.

—Marley me habló de usted. No me extraña que hayan querido asesinarle.

La miré fijamente. Pero no quise decir nada.

—Bueno —murmuré al cabo de unos instantes—; esto se ha acabado. Vuelvo a la ciudad.

—¿No quiere que le lleve?

—Mi compañía puede no serle conveniente, dulzura.

—Mi nombre es Honey —dijo ella secamente—. Y, por otra parte, no admito injerencias extrañas en la elección de mis amistades.

—O. K., dulzura. Vamos allá.

Montamos en el coche, pero apenas hubo puesto en marcha el motor, recordamos que tenía una goma perforada. Tuve que volver a bajar y extraer las herramientas correspondientes para cambiar la rueda.

Aquello me hizo perder unos cuantos minutos. Por fin, reemprendimos la marcha.

—¿Por qué se ha unido a Marley? —inquirí súbitamente.

Las manos de Honey se crisparon sobre el aro del volante.

—Ya se lo dije antes, Joe. Quiero vengar a mi hermana.

—Eso son cosas de la policía. Déjelo en sus manos.

—¿Para qué? ¿Para que al cabo de algún tiempo den el caso por terminado archivando los legajos? ¡No! Yo supliré lo que esa

pandilla de inútiles… ¡Oh! Perdón —se interrumpió—. Olvidé que…

Prendí fuego a dos cigarrillos a un tiempo y le pasé uno. Ella aspiró el humo con fuerza.

—No se detenga en sus calificativos, Honey. No me afectan porque me quitaron el caso de entre las manos.

—¿Quién lo lleva ahora?

—El teniente Crocics.

—¿Qué tal es?

—Bueno y competente.

—Pero no ha logrado dar con el asesino de Maudie.

—Tampoco yo durante el tiempo que estuve al cargo del caso.

—Le faltaron oportunidades, Joe.

—Quizá. Bueno, déjeme aquí. Gracias por el viaje.

—Llámeme mañana por teléfono.

—Acaso lo haga, dulzura.

—Muchos se volverían locos porque yo les permitiera llamarme por teléfono, Joe —dijo ella intencionadamente, envolviéndome en la cálida mirada de sus ojos verdes.

—Serán los cuerdos. Yo ya estoy loco —y me bajé. Cerré la portezuela y mantuve durante unos instantes las manos apoyadas en el borde—. Lleve el coche al taller. Le hace falta una buena reparación.

El automóvil arrancó con un sonoro rugido y yo me eché a reír.

Caminé durante unas cuantas cuadras, a lo largo de la calle Hartburg. Al llegar a la altura de la 15, torcí a la derecha, siguiéndola durante cien metros, cambiando luego a la derecha también y metiéndome en una algo más estrecha, que atendía por el nombre de Warren. A los pocos pasos hallé unos escalones, que descendí, hallándome en un semisótano, casi en tinieblas, donde unas cuantas parejas bailaban estrechamente abrazadas a los lánguidos sones de un *blues.*

El local tenía el extraño nombre de «El valle de la muerte» y a juzgar por su deliberadamente deficiente iluminación, parecía una sucursal del conocido paraje. Me acerqué al mostrador y enseguida vino resbalando hacia mí un vaso lleno de espumosa cerveza.

Agité la mano. El barman me correspondió con una sonrisa. Luego se me acercó.

—Hola, sargento.
—¿Vives en el limbo, Paddy?
—No —dijo ceñudo—. He oído las noticias y hasta he presenciado el film que le hicieron en el despacho. Nauseabundo —comentó.
Bebí un largo trago de cerveza. Prendí fuego a otro cigarrillo.
—Hiede —recalcó el barman, mientras frotaba con fuerza un paño contra el vaso que tenía en las manos—. Apesta.
—Está bien, Paddy, déjalo. Ellos saben lo que se hacen.
—¿No irá ahora a lamerles las suelas de los zapatos, eh? Esos puercos que le han echado…
—Déjalo, Paddy; no tengo ganas de más comentarios sobre el asunto. Con lo que ha sucedido esta tarde tengo más que suficiente. ¿Puedes darme un par de bocadillos y café?
—¡Cómo no! —exclamó, obsequioso, pero sin servilismo—. Al instante, sarg… digo, señor Moran.
—Mi nombre es Joe, no lo olvides, Paddy.
—Está bien, Joe. Deme cinco minutos y tendrá la cena.
Acabé de subirme al taburete y bebí a pequeños sorbitos la cerveza que quedaba en el vaso, en tanto que fumaba pensativamente. Paddy era un buen amigo mío, un tipo honrado, a quién yo sacara una vez de apuros cuando todavía era un agente de uniforme. Un par de ladronzuelos, utilizando sendas cachiporras, le habían atontado y le estaban vaciando la caja cuando yo intervine. Perforé la pierna de uno y el otro empezó inmediatamente a acariciar el techo con las yemas de los dedos. Desde entonces, Paddy era uno de mis incondicionales.
Volvió con lo pedido y yo empecé a comer, en tanto él atendía a algunos clientes. Cuando los hubo despachado, vino de nuevo junto a mí.
Era listo.
—¿Qué anda buscando ahora, Joe?
—Tú conoces a un tal Skett Taunton.
Asintió con la cabeza.
—Hace ya algún tiempo que no viene por aquí. ¿Le busca?
—Sí. ¿Dónde vive?
Paddy levantó un ojo y miró al techo. Al fin, dijo:
—Calle Marshin, apartamentos de Lober. ¿Qué le sucede con él?

—Tengo que hacerle unas cuantas preguntas, Paddy.
—No irá a decirme que se ha metido a detective privado, ¿eh?
—En cierto modo, sí —murmuré, pensando en los ojos verdes de Honey.
Paddy torció el gesto.
—Es un oficio que no me gusta, Joe.
—Tengo que vivir.
—Bueno, usted ya sabe lo que se hace. Pero tenga cuidado. Ese tal Skett es un puerco que le jugará una mala partida si puede. Aunque no tenga nada contra usted.
—Ya tiene que ser listo para ganarme por la mano, Paddy. ¿Dices que hace mucho que no le ves?
—¡Ajá! Y no crea que lo siento. Mi casa no tiene buen aspecto, pero me gustan los clientes decentes.
—Celebro tus depurados gustos, Paddy. De todas formas, si esta noche viniese por aquí, ya sabes mi teléfono particular. Llámame sea cual fuere la hora.
—De acuerdo, Joe. Pierda cuidado.
Se fue a atender a un par de bebedores y, mientras, terminé la cena. Bebí la última taza de café y luego arrojé un par de billetes sobre el mostrador.
Paddy me los devolvió, pero yo no quise aceptárselos.
—Es suficiente con la cerveza —dije, alejándome hacia la puerta.
Estaba a punto de llegar a ella, cuando una persona me salió al paso.
Era esbelta, pero curvilínea y vestía de un modo detonante. Tenía el pelo pajizo, aunque bastaba verle las pupilas oscuras para darse cuenta al instante de que tal color de cabello se debía al arte de su fígaro.
—Usted anda buscando a Taunton, «Quick» Moran —dijo la rubia.

CAPÍTULO IV

Miré especulativamente a la rubia. Era guapa, pero tenía en sus facciones un rictus de dureza y despego que le hacía perder buena parte de su atractivo.

—Hablaremos mejor sentados —dije, y la tomé por un brazo, sin que ella opusiera la menor resistencia.

Paddy nos envió un acólito con dos vasos llenos de *whisky*. Levanté el mío.

—¡Salud!

—Salud —contestó ella, vaciándolo de un trago. Abrió su bolso y sacó un paquete de cigarrillos, colocándose uno en la boca. Tomé otro y fumamos.

—¿Y bien? —dije al cabo de treinta segundos de mutua contemplación a través del humo.

—Por casualidad oí parte de su diálogo con Paddy. ¿Qué busca de Taunton?

—Antes de responder, dígame su nombre y relación con él —dije.

—Marshie Glover y es mi marido. Ahora… bueno, no hacemos buenas migas.

—¿No le gusta su género de vida?

—Posiblemente. ¿Para qué quiere verle, fisgón?

—Ya no estoy en la policía Marshie.

—Lo sé. Pero sigue fisgando. No soy tonta. Desembuche, «Matador». ¿Piensa emplear su puntería con Skett?

—Creí que no le quería —murmuré.

—Andamos en desacuerdo… temporal, lo cual es muy distinto.

—¿Irá a chivarse si le digo lo que espero de él?

—Depende.

—¿Cuánto tiempo hace que usted y Skett se… se enfriaron?

—Un par de semanas, más o menos. Pero acabaremos juntos

otra vez. A pesar de todo nos queremos.

—Lo celebro. Para eso es el matrimonio.

—Bueno —dijo la rubia, endureciendo más el gesto—. Escúpalo. Mis diferencias con Skett no tienen importancia ante el posible daño que usted pueda causarle.

—Tigresa, ¿eh?

Me tiró el cigarrillo a los ojos. Lo paré con la mano y luego la levanté de revés, pero supe contenerme a tiempo.

—No sabía que Skett fuera un faldero —dije hirientemente.

—Y no lo es, bastardo fisgón. Quiero que me diga de una vez para qué lo busca.

Aplasté el cigarrillo en el cenicero.

—Está relacionado con el asesinato de Maudie Connolly.

Mi disparo fue hecho al albur, pero impactó en la diana. Marshie se puso blanca como el papel y se agarró con fuerza al borde de la mesa con ambas manos.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó con voz ronca.

No quise decirle que todo había sido una suposición. Preferí dejarla en la duda.

—Hoy me echaron de la policía pero recuerde que hasta ese momento, he tenido acceso a las informaciones.

—¡Nadie puede saber que Skett tuvo algo que ver con la muerte de Maudie, «Matador»!

—Yo sí, Marshie.

—¿Qué es lo que sabe usted?

—Prefiero decírselo a él.

—No lo verá si antes no me lo cuenta todo, fisgón —dijo rabiosamente.

Levanté los hombros.

—Bueno, iré a verlo.

—Paddy le dijo el domicilio. Pero ya no está allí.

—Lo buscaré.

—Ahora carece de medios. No es como antes, que todo el mundo le ayudaba. Nadie le mirará a la cara, matón. ¿Quién querrá comprometerse con un policía lanzado por asesino?

Había que tener mucha paciencia para no chafarle las narices. Me puse en pie.

—Los cómplices suelen seguir la suerte de los autores, cuando el

caso es de homicidio en primer grado, Marshie. Recuerde esto; es muy interesante.

—No lograrán pescarle. Skett es muy listo.

—Bueno —arrojé un billete sobre la mesa—. Peor para él. Un tonto diría lo que sabe. Adiós. Mucho gusto, Marshie.

Salí de «El valle de la muerte», tomando, aparentemente, la dirección del centro. Pero a los diez metros, di un rápido salto lateral y me escondí a la entrada de otro semisótano, en donde había instalada una barbería, cenada en aquellos momentos.

Escruté a través de los hierros de la barandilla. Marshie no tardó mucho en salir del bar.

La rubia miró a ambos lados, con gesto nervioso; después, echó a andar, con vivo taconeo.

Aguardé unos instantes hasta saber la dirección que llevaba. Entonces, con las debidas precauciones, salí de mi escondite y la seguí.

La costumbre de trabajar para un cuerpo cuya principal cualidad es la discreción, me ha hecho usar siempre suelas de goma. A favor de ello, pues, pude seguirla, sin que se percatara, no obstante haber vuelto la vista en numerosas ocasiones. No se llega, en menos de siete años, de agente uniformado a sargento de detectives sin méritos especiales y los míos, sin falsa modestia, habían sido los bastantes para conseguir en cinco los galones.

Marshie dobló por otra callejuela más estrecha todavía, en dirección opuesta a la calle que me había señalado Paddy. Caminaba rápidamente, pero su paso no podía compararse con el mío.

Al fin se detuvo ante una casa de aspecto estremecedor. Era de principios de siglo, hecha de ladrillos y tan sólida como el Everest. Me fijé en el número pero no cometí la torpeza de meterme en el portal tras la rubia.

En lugar de ello, busqué la parte trasera. Levanté la vista. La escalera de incendios estaba levantada.

Inspirando fuertemente hice acopio de fuerzas. Di un salto y mis manos se aferraron a la barra transversal, haciendo descender la escalera. El resto fue fácil.

Eran ya casi las once de la noche, y casi todos los vecinos de la casa estaban durmiendo. Pasé por una ventana, abierta a causa del

calor y vi a un matrimonio de edad, contemplando un raído *western* en la TV. Seguí ganando altura hasta que, de pronto llegué al cuarto piso.

La ventana estaba bajada y las cortinillas echadas. Pero por un resquicio de estas pude ver a mi hombre, tendido en un diván, con unas cuantas botellas vacías de cerveza en el suelo, a su lado, y leyendo con desgana una revista de misterio.

Taunton tiró la revista a un lado de modo súbito y entonces supe que la rubia acababa de entrar. El fulano se llevó de inmediato la mano a la pistola que tenía en la funda axilar.

Le vi hacer un gesto de desagrado. Luego habló algo que no entendí, por impedírmelo el vidrio bajado.

Dudé unos segundos, más no tardé mucho en decidirme. Suavemente, con infinito cuidado, levanté un poco el bastidor de la ventana, y entonces los sonidos del diálogo llegaron hasta mis oídos.

—¿Qué diablos has venido a hacer aquí?

—Debes irte inmediatamente de la ciudad, Skett —dijo ella, anhelosa—. La policía te anda buscando.

—¿La…? ¡Estás loca, Marshie! Nadie sino tú sabe dónde me escondo y te dije que no vinieras por aquí si yo no te llamaba. ¿Dónde has oído ese embuste?

—¿Embuste? ¡Maldito idiota! ¿Crees que hubiera venido aquí si no fuera verdad? ¡Es Moran el que te anda buscando, para que lo sepas!

Lo que es la fama. Taunton se quedó sin habla.

De todas formas, era un tipo avezado. Pronto se recobró.

—¡Moran ya no es de la policía! ¡Lo echaron hoy y yo lo vi por la televisión!

—¡Estúpido! He estado hablando con él aún no hace media hora. Escuché cómo le preguntaba a Paddy, el de «El valle de la muerte», dónde vivías. Y luego hablamos durante un buen rato. Me dijo que tú andabas liado en el asesinato de Maudie Connolly y que quería hacerte unas cuantas preguntas. ¿Te convences ahora?

Taunton se quedó muy pensativo, mirando de soslayo a su mujer.

—De todas formas —dijo—, no pueden hacerme nada. No tiene pruebas contra mí y… ¿No habrá sido un *bluff* eso de su expulsión,

una fábula para incautos?

—Eso me pregunto yo. De otro modo, ¿a qué diablos viene eso de andar buscando al hombre que mató a la Connolly el mismo día en que lo echan? ¡Skett! Tú sabes algo, ¿verdad?

Taunton barbotó una imprecación.

Ella se le cogió de los hombros.

—Si sabes algo, suéltalo, Skett, suéltalo antes de que sea tarde. Ese Moran es un tipo peligroso y, policía o no, si se empeña en darte un disgusto, te lo dará.

El pandillero se golpeó la culata de la pistola, riendo sonoramente.

—¡Que venga! Él es rápido, pero yo no lo soy menos. Entonces veremos…

Mientras que farfullaba sus bravatas había decidido que era hora de intervenir. Terminé de levantar el bastidor, favorecido por la ocultación de las cortinillas y luego, de un salto, me colé en la estancia.

—Bueno, Taunton —dije fríamente, plantándome a dos metros de él y de su atónita esposa—, aquí me tienes. ¿No decías que íbamos a ver? ¿Lo vemos?

Era un individuo ducho y acostumbrado a situaciones raras. Antes de que yo hubiese terminado de hablar, ya tenía la pistola en su mano.

—No se mueva, sargento, o juro que le lleno de plomo la pensadera.

Su esposa retrocedió un par de pasos, con ojos como platos.

—¡Moran!

Sonreía de labios para afuera.

—El mismo —dije, y luego, con perfecta tranquilidad, me fui hacia el diván. Tiré los periódicos al suelo, barrí con el pie las botellas y después tomé asiento.

—¿Qué diablos ha venido a hacer aquí, sargento?

—Tu esposa te lo ha dicho, Skett.

—Yo no tuve nada que ver con la muerte de la Connolly —gruñó.

—¿De veras? Entonces ¿por qué te escondes en un domicilio que no es el tuyo? ¿Por qué tu esposa no quería que yo te viera? ¿Es ésa la conducta de un hombre que tiene la conciencia tranquila?

Sus ojos arrojaron chispas de cólera. Apoyada en la pared frontera Marshie me miraba con infinito respeto. Sin duda debía parecerle un aparecido.

—Estás en un mal paso, Skett —dije—, y tú lo sabes. ¿Por qué mataste a Maudie?

—Yo no fui.

—Entonces, sabes quién lo hizo.

—Tampoco. Y ya hemos terminado de hablar, sargento. ¡Lárguese o…!

Blandió su pistola de modo amenazador, pero yo me eché a reír.

—¿Me vas a matar aquí, Skett? Mal asunto para ti, si lo hicieras. Es cierto que ya no soy policía pero tu fama es aún peor que la mía. Lo mejor que puedes hacer es hablar. Soltar todo lo que sabes, para que lo entiendas.

—¡Condenado fisgón! —me imprecó—. No sé nada, y aunque lo supiera, tampoco se lo diría. ¡Váyase al infierno!

—Es un lugar demasiado bueno para mí; no me querrían —contesté plácidamente—. ¿Qué has hecho después de abandonar a Marley?

—¿Quién se lo ha dicho que ya no trabajo para él?

—Uno piensa, eso es todo. Pero la Connolly murió hará un par de semanas y desde aquella fecha, día más, día menos, ya no se te ha visto por el casino. Le jugaste una sucia partida a tu jefe, ¿eh?

Se me acercó caminando lentamente. Apoyó su pistola en la punta de mi nariz.

—¿Qué sucedería si ahora apretase el gatillo, polizonte?

No pestañeé siquiera.

—Seguramente te mancharía el diván con mis sesos. Poca cosa, ¿eh?

Apretó más la pistola.

—Váyase —dijo con voz sorda—. Váyase y sepa que, por esta vez, le perdono la vida.

—¿Tengo que arrodillarme y besarte los pies? —Reí descaradamente.

Aquello colmó su paciencia. Y aquello, también, era lo que yo estaba aguardando.

Lanzando una obscena imprecación, Taunton movió la pistola en sentido horizontal, trazando un semicírculo, con el fin de golpearme

en la mandíbula. Pero mi mano fue más rápida y unos centímetros antes de que alcanzara su objetivo, atenacé su muñeca.

Al mismo tiempo, me levanté y metí el hombro, golpeándole el mentón.

Marshie gritó, en tanto yo retorcía aquella mano cruelmente. Sin embargo, Taunton era un tipo duro y se resistió.

No me quedó otro remedio que bajarle la muñeca al mismo tiempo que levantaba la rodilla, contra la cual le di un par de golpes, entumeciéndole los dedos. El arma cayó al suelo.

Acto seguido fue su pierna la que se levantó, alcanzándome en el estómago, y despidiéndome hacia atrás. Trastabillé, perdiendo el equilibrio hasta caer sobre el diván.

Soltando un rugido de fiera herida, Taunton se arrojó nuevamente sobre la pistola. Me era ya imposible saltar sobre él, por lo que no me quedó otro remedio que asir por el cuello una de las botellas vacías y arrojársela con todas mis fuerzas.

La botella le impactó de refilón en la mandíbula, rajándosela, al mismo tiempo que le tiraba por tierra. Me incorporé de un salto.

En aquel momento, algo me volvió a golpear el estómago. Retrocedí, abriendo los brazos. Marshie era una chica decidida y se había lanzado contra mí, hundiéndome la cabeza bajo el pecho. Ella perdió el equilibrio y rodó por el suelo, con las piernas en alto.

Al caer su mano quedó muy cerca de la pistola. Se revolvió como una gata para cogerla, pero una vez más fui más rápido. La punta de mi zapato impactó en sus dedos, obligándole a soltarla, junto con un aullido de dolor.

A continuación, tuve que enfrentarme con Taunton. Éste había logrado incorporarse y, haciendo caso omiso de la sangre que le chorreaba por la barbilla, se había arrojado de nuevo sobre mí.

Bloqueé un feroz golpe al mentón, devolviéndolo con otro a su barriga. Era fuerte y no conseguí otra cosa que arrancarle un gruñido. Me machacó la mejilla izquierda y yo le cerré el ojo de la misma banda.

Durante unos momentos, estuvimos golpeándonos mutuamente, con saña salvaje. Finalmente conseguí alcanzarle en el mentón y esto marcó el fin de su resistencia. Los ojos se le vidriaron y los brazos le resbalaron a lo largo del costado.

Otro feroz puñetazo le hizo girar sobre sí mismo, cayendo

después sobre el diván, perdido el conocimiento. Me volví, oyendo un ruidito a mis espaldas.

Marshie se había incorporado, tambaleándose. Ciega de furia, profería horrendas amenazas contra mí. Se inclinó, buscando casi a tientas la pistola.

No se la dejé alcanzar. La cogí por el talle, a pesar de sus protestas, y la arrojé como un trapo contra el diván. ¡Mal empleada fidelidad! comenté para mis adentros.

Por fin, la pistola quedó en mi poder. La metí en el cinturón y luego me acerqué a Taunton. Marshie perdida toda su arrogancia, me miraba con ojos llenos de pánico.

El forajido acababa de recobrar el conocimiento. Para terminar de aclararle la vista, le icé a pulso por los tirantes de los pantalones y luego le golpeé cruelmente el rostro, con la palma y al revés de la mano. Gimió sordamente y después lo empujé de nuevo hacia el diván.

—Vamos a ver si puntualizamos las cosas de una vez, Taunton. No me hagas recurrir a otros procedimientos, ¿estamos? De modo que suelta todo lo que sabes y sin tratar de engañarme.

Sacó un pañuelo y se restañó la sangre que le brotaba del corte.

—¿Qué quiere que le diga? —preguntó, ya más «ablandado».

—He pensado mucho antes de relacionarte a ti con la muerte de la Connolly. Pero tú eras uno de los individuos que merodeaban siempre junto a Marley y ahora, vas y me faltas de su lado. Eso quiere decir dos cosas: o te ha apartado porque le estorbas, cosa improbable o, por el contrario, eras tú el que temías algo, después, del asesinato de la chica. La coincidencia de fechas es muy sospechosa y si yo hubiese sabido que ella era su esposa, el asunto hubiera adelantado notablemente.

—¡Maudie, esposa de Marley! —exclamó Marshie, atónita.

—Así era —dije—. Su marido puede confirmárselo, si no me cree.

—Es cierto. Estaban casados, pero no quería que lo supieran. Maudie tenía a su cargo una mesa de juego y la clientela se hubiera resentido si se hubiera sabido que estaba casada —confirmó el pandillero—. Y nosotros temamos órdenes estrictas de no decírselo a nadie.

—Muy bien, y ahora que ya hemos puntualizado el prólogo,

¿qué más tienes que decirme, Skett?

—Le he dicho que no sé nada. Me fui del casino porque estaba cansado de aquella vida.

Solté una carcajada.

—¿Tú… cansado de la vida más descansada del mundo? ¿Me has tomado por idiota, Skett? ¿O quieres que rompa la pistola en tu cabeza?

—Le he dicho la verdad, se lo juro.

Alargué la mano, le cogí por el cuello de la camisa y lo levanté hasta la altura de mis ojos, al mismo tiempo que le metía el caño de la pistola bajo la nuez. Apreté con fuerza y Taunton exhaló un gemido.

—No pienso emplear ya más consideraciones contigo, perro —dije—. Habla de una vez.

Ella intentó hacerme soltar a su esposo, pero la rechacé con fuerza y volvió a caer sobre el diván. Me miró con ojos de hiena, pero se sabía impotente.

Volví a oprimir con la pistola la laringe del pistolero. Sus ojos parecieron salírsele de las órbitas. Gorgoteó algo ininteligible.

Agitó las manos frenéticamente y le solté. Se dejó caer en el diván, frotándose la garganta con las manos. Se las puso perdidas de sangre.

—Es… está bien… —jadeó—. Se lo diré. No quiero más líos. Pero… antes denme algo de beber.

—¿Marshie? —murmuré.

Ella se puso en pie.

—Vaya con cuidado —la dije—. No me juegue ninguna trastada; sería perjudicial para ambos.

—Un día de estos tendré el gusto de encender una hoguera en su puerca barriga para calentarme el café del desayuno —dijo ella venenosamente.

Fue hacia la cocina y volvió a los pocos momentos con una lata de cerveza ya abierta. Taunton bebió ansiosamente y luego se limpió los labios con el dorso de la mano y ésta en los arrugados pantalones.

—Aunque intervine en el asunto —dijo—, yo no fui. Me limité a conducir el coche, aprovechando que era mi día libre y…

Súbitamente, capté un movimiento extraño en las cortinillas que

no podía deberse precisamente a la leve brisa de la noche. Una extraña intuición me golpeó el pecho con fuerza.

—¡Al suelo! —grité, arrojándome hacia adelante y tirando del brazo de Marshie.

La mujer y yo caímos en revuelto montón al pie del diván. Una mano armada penetró a través de las cortinillas.

Taunton se puso en pie, lanzando un alarido horripilante. La pistola escupió fuego y humo tres veces seguidas.

El forajido se llevó las manos al rostro, convertido en una máscara escarlata. Se bamboleó de modo aterrador y luego cayó de bruces, en tanto Marshie gritaba como una bestia herida.

Luego la pistola nos buscó. Pero yo había levantado ya mi mano y apreté el gatillo.

La pistola voló por los aires y la mano desapareció como por arte de magia. Entonces me levanté de un salto y corrí hacia la ventana.

Pasé una pierna por encima del alféizar y asomé el cuerpo. Un individuo corría escaleras abajo a toda velocidad.

—¡Alto! —grité—. Alto o disparo.

El asesino se volvió. Debía ir muy bien armado, porque algo brilló en su mano con cárdenos resplandores, al mismo tiempo que chasqueaba un disparo.

La bala me abanicó el rostro. Alargué la mano y disparé.

El tipo soltó su pistola. Retrocedió la pequeña plataforma del descansillo, en medio de los gritos de alarma que surgían de todas las ventanas.

Tenía la mano en el pecho. Giró sobre sí mismo y se dobló sobre la barandilla.

Corrí como un loco para impedir que cayera. Pero llegué tarde. El forajido se venció hacia adelante y cayó como un plomo en la negrura de la noche.

Un segundo después llegó a mis oídos el estremecedor ruido del choque de su cuerpo contra el pavimento.

CAPÍTULO V

Al oír rechinar la llave en la cerradura, me levanté del camastro en donde yacía. Una silueta harto conocida se dibujó al lado del guardia de uniforme, encargado de la vigilancia de los calabozos de jefatura.

—Fuera, Moran —dijo el teniente Crocics.

Cogí la arrugada chaqueta, la sacudí un poco y me la colgué al hombro.

—¿A dónde me llevan ahora? —pregunté.

—A ninguna parte. Se va.

Levanté las cejas, extrañado.

—Bromea.

—Nunca con usted, Moran. Fuera de aquí. ¡Parsons!

—¿Señor? —contestó el guardia.

—Fumigue la celda cuando se haya ido el exsargento Moran —dijo venenosamente el teniente.

Me mordí los labios. Pero conocía mi posición y sabía que no podía responderle con un buen directo a la mandíbula como hubiera sido mi deseo.

En lugar de ello, traté de ser contemporizador.

—El juez me había señalado fianza.

—Alguien la pagó por usted. Vamos, lárguese.

—¿Quién?

Estaba visto que Crocics no quería ser amable conmigo.

—Usted lo sabe mejor que yo, Moran. Vaya y dele las gracias.

Eché a andar, pasando por delante de él.

—Conmigo se equivoca, teniente —dije.

Hizo un gesto de desprecio con los labios.

—¡Rata de alcantarilla! ¡Fuera de aquí!

—Nos enfadaremos si sigue insultándome, teniente.

Escupió a mis pies. Le calé. Quería provocarme, con el fin de

tener pretexto para volver a encerrarme.

Me reí de él en sus narices.

—Siga, siga con sus bromitas; son muy divertidas. Algún día podré devolvérselas.

—Ese día no llegará, pistolero alquilón. Para entonces ya habré tenido el gusto de sepultarle bajo una montaña de papel oficial.

—Está escocido porque en diez minutos averigüé más de la muerte de Maudie Connolly que usted en dos semanas. No debiera enfadarse por ello; a fin de cuentas, le he puesto sobre el buen camino.

—Parsons, vaya por el desinfectante.

—Sí, Parsons, vaya por el desinfectante —repetí—. Y traiga un par de toneladas; así no se quedará corto. Puede —añadí intencionadamente, mirando a Crocics al fondo de los ojos—, que lo siga necesitando aun después de mi marcha.

Subí las escaleras que daban a la sala del sargento de guardia, en donde uno de uniforme me entregó mis pertenencias, después de habérmelas hecho revisar. Firmé un recibo por todo lo que me devolvían y luego me dirigí a la salida.

Vallez me cortó el paso.

—Joe —dijo—, ése no es el mejor camino —su acento estaba lleno de reproche.

Me encogí de hombros.

—Es el único que me han dejado.

—Ándate con cuidado, Joe. Soy amigo tuyo, pero, por lo mismo, sentiría grandemente tener que proceder contra ti.

—Trataré de que eso no suceda. Gracias de todas formas. ¡Adiós!

Salí a la calle, después de dos días de encierro, respirando a pleno pulmón. Cansado no estaba; había dormido profundamente durante toda la noche. Pero desde la famosa tarde de la expulsión, no me había cambiado de ropa y me sentía sucio y pringoso.

El día era espléndido y el calor apretaba. No tenía ganas de caminar, de modo que tomé un taxi, que me dejó en la puerta de casa. Subí y, después de prepararme la ropa necesaria, que llevé al cuarto de baño, me zambullí de cabeza en la ducha.

Permanecí bajo el agua largo rato, sin dejar de enjabonarme y friccionarme, arrancándome toda la suciedad de encima de mi piel. Al terminar, me sequé y luego limpié mi cara de la barba que le

sobraba.

Terminé de vestirme, sintiendo un apetito feroz. Busqué en el armario ropero y extraje la pistola que guardaba allí, revisando cuidadosamente la carga. Me coloqué la funda axilar y aún añadí un par de cargadores de repuesto, que eché en un bolsillo de mis pantalones.

Estaba terminando de ponerme la chaqueta, cuando sentí ruido en la salita. Me ajusté la prenda y luego, con la mano en la culata del arma, me acerqué de puntillas a la puerta del dormitorio, entreabriéndola.

Terminé de abrirla y salí fuera.

—¡Hola, dulzura! —dije.

Honey se volvió, lanzando un leve gritito de susto. Sus mejillas se colorearon.

—Ho… hola, Joe —dijo.

Estaba encantadora, con un vestido de una pieza, rojo como el fuego, ajustado a su cuerpo como una segunda epidermis y sujeto a los hombros por un par de delgadísimos tirantes. Calzaba guantes negros, hasta más arriba del codo y zapatos del mismo color. En la mano izquierda se le veía una pulsera de platino y diamantes, en cuyo centro se advertía un microscópico reloj.

—¿Quiere beber? —dije.

—Gracias, Joe.

—Entonces, acompáñeme a comer. Estoy muerto de hambre después de dos días de probar la bazofia que sirven en los calabozos. ¿No tiene gana?

—No es eso, Joe —dijo, renuente—. Es que vine… vine a hablarle a usted.

—¡Vaya! —exclamé, aturdido, comprendiendo de golpe—. ¿Ha sido usted quien pagó la fianza? ¿Por qué lo hizo? El juez hubiera tenido que soltarme de todos modos. Fue un clarísimo caso de legítima defensa, Honey.

—Ya… ya lo sé, pero no podía esperar más tiempo, Joe.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Leí… leí los periódicos al día siguiente. Me di cuenta de que usted iba por el buen camino y… bueno, quise acelerar su salida. Eso es todo.

—Me parece entender que me está tomando por su detective particular, dulzura.

Se me acercó, mirándome suplicantemente. Puso su enguantada mano sobre mi brazo.

—Joe, ayúdeme. Quiero encontrar al asesino de mi hermana. Usted es el único que puede lograrlo.

—¿Volverá Maudie a la vida si lo consigo?

Sacudió la cabeza.

—No, pero… al menos… Oh, por favor, no me pregunte más. Dígame de una vez si va a seguir o lo deja. No piense ni por un momento que le voy a pedir que me devuelva el dinero de la fianza; hubiera hecho lo mismo, pero…

—Esa gente no se anda con chiquitas. ¿Cómo se enteraron, tan pronto y certeramente, de que yo andaba tras Skett Taunton? Le cerraron la boca del modo más expeditivo, y si no ando listo, me la cierran a mí también. El «mensaje» que su hermana llevaba para Marley debía ser muy importante.

—No lo sé, Joe, se lo juro. Y le ruego me crea. A mí eso me trae sin cuidado. Lo que quiero es…

—Está bien, está bien, ya lo ha dicho antes. Vamos a comer.

Sin dejarla hablar, la tomé por el brazo y la empujé hacia la puerta.

Ella no opuso resistencia y nos dirigimos al ascensor. Bajamos a la planta y de allí salimos a la calle.

—Tengo el coche aquí —dijo Honey.

Lo miré. Ahora no era ya el convertible sino una camioneta rural que despedía chispas de cromo y esmaltes por todas partes.

—Un buen trasto —comenté—. ¿Puedo conducir?

—Naturalmente —dijo, entregándome las llaves—. Pero no se crea que es mío, sino de mi cuñado.

—Ya —comenté—. Por supuesto; él es quien financia la Campaña-Pro-Venganza-de-Maudie-Connolly. Y usted es su Delegada General, ¿verdad?

Me miró con la expresión súbitamente endurecida.

—Le creí más correcto, Joe, e incapaz, por tanto, de insultar a una mujer.

Solté el embrague. El vehículo arrancó. Levanté el índice y le señalé el retrovisor.

—Me gusta ser directo hablando, en especial en casos como éste. Fíjese, ¿ve? Nos están siguiendo. Usted ni se había dado cuenta, ¿verdad?

Se estremeció al ver reflejada en el espejo la imagen de un pesado sedán negro.

—¿Es el mismo desde el cual nos ametrallaron?

—Pues… —vaciló—. Era de noche… Me pareció cerrado, una cosa así como éste.

—No tendría nada de particular que fuera el mismo. Pero va a ver qué pronto me sacudo de encima ese par de pegotes.

Dije «par de pegotes» porque me había dado cuenta de que eran dos los que viajaban a bordo del sedán. Éste no se despegaba de mí, a pesar de la circulación, ni yo tenía tampoco interés en que lo hiciera.

—No vuelva la vista ni de muestras de haberse enterado de que nos siguen —la recomendé.

—¿Qué piensa hacer? —me preguntó, estremecida.

—Lo primero comer; ya le dije que desfallezco de hambre. Y tengo un amigo que…

El amigo era Paddy, quien me acogió con la mayor alegría. Saludó muy cortésmente a Honey y nos dispuso una mesa situada en un discreto rincón, desde donde podíamos observar tranquilamente todo lo que sucedía en el local.

Ella no quiso tomar otra cosa que un par de tazas de café. Mientras yo devoré una substanciosa comida que me restauró las fuerzas perdidas.

Cuando estábamos a punto de terminar, ella abrió su bolso y sacó el lápiz de los labios y un espejito. Le corté el gesto con una seca frase.

—¡No lo haga! —dije.

Me miró asustada.

—¿Por qué?

—Esos dos tipos están allí, a sus espaldas. Usted no se ha dado cuenta de ello, pero yo sí; y si empieza a retocarse, van a creer que los está espiando. Váyase al lavabo de señoras. Sin miedo, estoy yo aquí.

Me miró, asintiendo en silencio, sin demostrar el nerviosismo que la poseía. Se puso en pie y, tomando el bolso, caminó

grácilmente hacia el fondo del local.

Paddy la miró y, cuando hubo desaparecido tras la puerta del lavabo, me hizo una guiñada cómplice. Se la devolví con una sonrisa, al mismo tiempo que dejaba en la mesa un par de billetes.

Cuando Honey salió, yo ya la estaba esperando. La tomé del brazo y nos dirigimos tranquilamente hacia la salida. Con el rabillo del ojo me di cuenta de que uno de los dos tipos se disponía a abonar precipitadamente su minuta.

Salimos. Pero apenas habíamos cruzado el umbral, tiré de Honey hacía mi izquierda, parapetándonos tras el trozo de muro que había entre la puerta y una de las ventanas del establecimiento. Le tomé el bolso con la mano izquierda, sin que ella opusiera resistencia.

Tal como había esperado, los dos rufianes salieron disparados del local. Entonces fue cuando yo les llamé la atención.

—¡Eh, vosotros! ¡Estoy aquí… cú… cú!

Se volvieron, con el pasmo pintado en sus ojos. Iniciaron un movimiento ofensivo, pero la pistola que asomaba bajo el bolso y que solamente ellos podían ver, les paró en seco.

—No me gusta que me sigan unos bastardos coma vosotros. Cuando voy con mi novia de paseo, me gusta la soledad, ¿estamos?

Me miraron con furiosa expresión. Pero eran tipos que sabían no podían responder en aquellos momentos.

Aparentemente, éramos un grupo de cuatro, conversando amistosamente. Así, pues, la gente que pasaba por encima de nosotros, no nos prestaba la menor atención.

—Sacad las armas y tiradlas al suelo. Cuidado, tengo un tic nervioso en el dedo índice.

Obedecieron sin rechistar. Con la punta del pie, empujé las dos pistolas hasta hacerlas desaparecer por el imbornal de una alcantarilla contigua.

Luego dije:

—Andando delante de mí. En tono normal y sin intentar nada sospechoso, ¿estamos?

Subimos a la acera. Una vez allí, dije a la chica:

—Quédese en el coche y téngalo en marcha.

Honey asintió, separándose de mí. Ahora ya no me hacía falta el bolso, por lo que traspasé la pistola al bolsillo de la chaqueta. Ellos caminaron delante de mí, siguiendo las indicaciones que les daba.

Llegamos al sedán, estacionado veinte metros más abajo. Ordené al más próximo de ellos:

—Agáchate y suelta la válvula del aire de esa goma.

El tipo me miró con furia, pero se sabía impotente en mis manos. Obedeció, y luego hizo lo propio con la rueda trasera. De momento les impedía la oportunidad de seguirme.

Después arrojé un rápido vistazo al interior del vehículo. Junto al asiento del conductor había una, en apariencia, inofensiva funda de violín. Alargué la mano izquierda y la tomé. ¡Cómo pesaba!

—Ahora tengo que hacer algo más importante —dije—, pero ya tendré ocasión de veros. ¡Hasta la vista, estúpidos!

Con toda tranquilidad, me separé de ellos, dejándolos sumidos en un estado próximo a la locura por rabia. Arrojé la funda de violín en el asiento posterior de la furgoneta y apenas me había sentado, Honey hizo arrancar el vehículo.

Le indiqué el camino. Salimos de la ciudad y enfilamos hacia el dique, que cruzamos diez minutos más tarde. Mientras la furgoneta rodaba, ella intentó hacerme hablar pero yo no despegué los labios más que para denegar con cortos monosílabos.

Pasamos por delante del casino sin detenernos, siguiendo la carretera que llevaba al norte. En más de una ocasión, Honey me miró especulativamente, sin obtener ninguna respuesta, por parte mía.

Veinte minutos más tarde la hice frenar. Paró el coche, deteniéndolo junto a la vereda de la carretera, a medio metro del cementado borde que la separaba de las aguas del lago.

El día era magnífico y el sol calentaba con fuerza, pero los numerosos árboles que allí había, nos protegían de sus ardores. Saqué cigarrillos y fumamos.

Me acodé en el borde del muro, mirando las transparentes aguas que apenas si se movían a tres metros de distancia. A lo lejos, una canoa roncaba estrepitosamente tratando su dueño de emular a Campbell. Un balandro se deslizaba suavemente más atrás, hinchadas sus velas por el suave soplo de la brisa.

Fumé durante largo rato en silencio, hasta consumir el cigarrillo. Entonces arrojé la colilla.

Me enderecé en parte, volviendo la vista hacia Honey. Ella me miró también, pero no dijo nada.

—Dulzura, aquí fue donde encontraron el cuerpo de su hermana flotando.

Ella se estremeció. Sus ojos fulguraron, pero no dijo nada.

—El coche estaba ahí, un poco más arriba. No encontramos el menor rastro que pudiera darnos una idea de quién o quiénes fueron los asesinos. Y el único hombre que lo sabía, murió anteayer.

—Ahora tenía dos que podían haberle dicho cosas muy substanciosas —murmuró, reprobadoramente. La brisa hizo ondear sus largos cabellos negros.

Agité la mano con desdén.

—¡Bah! En cualquier momento sé dónde encontrarlos. Si todo fuera tan difícil como eso…

—Entonces, ¿por qué ha venido aquí? No veo nada que pueda servirnos en lo que deseamos.

—Dulzura, no siempre la línea recta es el camino más corto entre dos puntos. Y yo, durante estas cuarenta y ocho horas de forzosa meditación, me he estado forjando una hipótesis que deseo comprobar en persona.

Volví al coche y tomé de él un paquete que había cogido al salir de casa. Eran un par de poderosos prismáticos, recuerdo también de Corea, que extraje de su funda.

Con ellos en la mano, miré a Honey sonriente.

—¿Sabe usted manejar una canoa automóvil?

—Sí —contestó, estupefacta—. Pero, no sé a qué viene…

Le palmeé el brazo.

—Un día de estos tendré ocasión de requerir sus servicios como piloto. Ahora… —Y me volví de nuevo hacia el muro.

Pero en lugar de mirar a lo lejos, enfoqué los gemelos hacia abajo, a un punto situado casi al pie del muro. Las aguas estaban perfectamente transparentes y se veía con claridad todo cuanto había bajo ellas.

Honey me estuvo contemplando en silencio, en tanto duró mi observación. Al terminar, me cogió los gemelos y ella misma miró también a su través.

Luego se enderezó. Volvió su rostro hacia el mío.

—¿Qué es eso que se ve ahí abajo, Joe?

—Cuando se levantó el dique, aquí había un pequeño poblado, reliquia de la época de la colonización, constituido todo él por

cabañas de madera. Calculo que habrá unas quince o veinte, la más profunda de las cuales no se halla a treinta metros siquiera bajo las aguas. Quedaban una docena de vecinos, todos ellos dedicados a la caza y a la pesca, quienes, naturalmente, hubieron de ser evacuados cuando el nivel del lago empezó a subir, represado por el dique.

—Bien, pero… no entiendo qué tiene que ver todo esto con la muerte de la pobre Maudie.

Recogí los gemelos, sonriendo.

—Todo tiene su relación, dulzura, como verá no antes de mucho tiempo. Ahora volvamos a la ciudad. ¿Le dejará Marley una de sus canoas?

—Por supuesto que sí, Joe.

—Bien. Ya le diré cuál es el momento adecuado para utilizarla. Mientras tanto, usted no haga nada que se salga de lo ordinario.

Su mano se aferró a mi brazo con fuerza.

—¡Joe! —exclamó, mirándome intensamente—. Encuentre al asesino de Maudie. Hállelo y le juro que… que…

Se me acercó peligrosamente. Percibí en mi rostro su cálido aliento. Su seno subía y bajaba, movido por una agitada respiración, a corta distancia de mi pecho.

Con mi mano, toqué la suya. Sonreí:

—Eso es lo que trato de hacer, dulzura. Y lo haré. Pero no tiene que prometerme nada, ¿entiende?

Movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, Joe.

—Es usted muy hermosa, Honey, y me gustaría verla lejos de toda esta gente que ningún bien puede reportarle.

—Lo haré así que haya usted concluido el caso, Joe.

—Entonces… puede que yo también me largue de Bedar County.

Una chispa de alegría brilló en sus ojos.

—¿Lo haría como lo dice, Joe?

—Quizá. Pero no puedo prometerle nada por ahora.

Movió la cabeza negativamente.

—Sólo los hombres hacen lo que es propio de hombres, Joe.

Apreté su mano con fuerza.

—No hay muchas personas que piensen como usted, Honey. Estoy considerado como un tipo a quién le gusta apretar el gatillo por motivos nimios, aunque siempre cuidando de las formas para no

perjudicarme.

—Sé lo que le ha sucedido y sé también que en su caso no tenía otra elección posible, Joe.

—Celebro infinito que lo piense así, Honey. Es lo mejor que he oído en mucho tiempo. Gracias.

—Yo sé las tengo que dar a usted —murmuró.

Me separé de ella un poco. Era demasiado peligrosa su proximidad.

—Vámonos, Honey. Ya se está haciendo tarde.

Disimuló un gesto de disgusto tras una atractiva sonrisa.

—¿Qué va a hacer ahora?

—Volver a casa y descansar. El cuerpo, no la cabeza.

—¿Me llamará mañana por teléfono?

—No puedo asegurárselo. Depende de lo que haga.

—Joe —dijo con intenso acento—, cuídese.

—Trataré de hacerlo, dulzura. Yo soy el más interesado en ello.

—Son una gente muy peligrosa.

—Para ellos seré una serpiente de cascabel.

Suspiró y su seno se hinchó. Volvió a sonreír y luego, dando una rápida media vuelta, se metió en el cache.

Me dejó en casa, tras lo cual regresó al casino. La contemplé alejarse con cierta nostálgica melancolía, con la pesada caja del violín en una mano y la funda de los prismáticos en la otra.

El ascensor me transportó hasta mi apartamento. Abrí la puerta y, apenas lo había hecho, el mundo se me desplomó encima.



El mundo se me desplomó encima

CAPÍTULO VI

El coche rodaba velozmente, sin producir apenas otro ruido que el de sus gomas al rozar el asfalto. La cabeza me dolía horriblemente en el lugar donde había sido golpeado, especialmente cuando algún bache imprevisto hacía traquetear el vehículo más de la cuenta.

Quise incorporarme, pero no pude. Tenía las manos atadas a la espalda y la cuerda que las unía sujetaba también los tobillos. Mis piernas estaban dobladas hacia atrás en un ángulo muy pronunciado, impidiéndome toda clase de movimiento.

Pasados unos minutos me di cuenta de que me hallaba en el piso del asiento posterior de un coche, muy posiblemente el sedán negro que conocía tan bien. Delante de mí podía oír hablar a los dos esbirros que me llevaban a un punto de destino desconocido, pero con un objeto fácil de adivinar.

Haciendo un poderoso esfuerzo sobre mí mismo, conseguí ladearme de costado. Encogí más las piernas, tratando de alcanzar la derecha con las manos. Si lo conseguía…

Súbitamente, oí algo que me heló la sangre.

—Es el mejor sitio. Allí jamás aparecerá su cuerpo.

Fue solo una frase, suficiente, empero, para conocer la suerte que me reservaban. El final de mi viaje estaba en la Ciénaga.

Así, por este nombre, era conocido un determinado punto del embalse, situado a unas catorce millas del dique, en el cual las aguas habían ido formando, ayudadas por la naturaleza del terreno, muy suelto y arenoso, una especie de pantano del cual, una vez entrado en él, ya no se podía salir. No se conocía un solo caso de que los cuerpos tragados por las arenas movedizas hubieran sido devueltos jamás a la superficie.

Más de un imprudente cazador se había aventurado por aquellos parajes, sin regresar jamás. Al final, después de varios accidentes

mortales, las autoridades de la ciudad, habían acordonado aquel lugar, señalándolo con numerosos postes indicadores del peligro. Desde entonces, nadie se había vuelto a acercar a La Ciénaga a menos de una milla de distancia.

Forcejeé, sintiendo que el cuerpo se me empapaba en sudor, en tanto oía el «atractivo» diálogo de aquella pareja de esbirros. Siempre suelo llevar, para casos de emergencia, una navajita sujeta a las ligas de los calcetines. Si aquellos tipos habían limitado solamente su registro a la pistola…

Tenía que darme prisa; de lo contrario el tiempo correría en contra mía. Luché y me debatí, procurando, al mismo tiempo, no hacer ningún ruido. Al fin, con un suspiro de alivio, conseguí hallar la navajita.

Luché ferozmente por abrirla, dejándome un par de uñas en el empeño. Cuando ya estaba a punto de utilizarla, un súbito bache hizo saltar el auto y la navajita se me escapó de entre los dedos.

Sollocé de rabia, mientras la buscaba a tientas. Era noche cerrada, pero había una lima muy intensa que proporcionaba bastante luz al interior del coche. Esto, sin embargo, no me servía para mis propósitos, porque si me volvía de cara, las manos me quedaban igualmente a la espalda y en dirección opuesta al suelo.

Encontré la navaja y, contorsionándome aún más, la bajé hasta sujetarla con los tacones de los zapatos. Apreté con fuerza para que no se me resbalara y luego empecé a mover las manos arriba y abajo.

Sudé copiosamente, hasta mojar por completo la camisa. Tenía los pulmones a punto de estallar y la cabeza me ardía, más a pesar de todo no cejé ni un solo segundo en mi labor hasta que, súbitamente, sentí aflojarse las ligaduras.

El resto fue ya más fácil. Terminé de cortar las cuerdas que unían mis tobillos y luego dejé pasar el tiempo, mientras la sangre volvía a circular libremente por mis venas.

Esperé quieto, sin moverme, en el fondo del asiento. Tan seguros iban aquellos pandilleros de mí, que ni una sola vez se volvieron siquiera para arrojarme un vistazo. Si yo hubiera estado en su lugar, a buen seguro que su presa no se les hubiera escapado.

Súbitamente, el coche aminoró su marcha. Noté que viraba a la izquierda, cosa lógica, pues habíamos rodado por la orilla Oeste del

lago, y que se metía en un terreno irregular.

Poco a poco, fue disminuyendo la velocidad, hasta quedar reducida a cero. Un suave chasquido me indicó que habían apagado las luces.

El silencio se hizo entonces sobre nosotros. Una rana empezó a croar a lo lejos. Me pareció un canto fúnebre.

Tensé mis músculos, disponiéndome a la acción. Debía andarme con cuidado; aquellos tipos tenían que haberse provisto nuevamente de armas.

La puerta se abrió bruscamente. Unas fuertes manos me asieron por los tobillos y tiraron de mí hacia afuera sin ninguna consideración. La cabeza estuvo a punto de estallarme cuando golpeé con la nuca contra el borde del estribo. Caí al suelo.

—Todavía sigue durmiendo —dijo uno.

—Mejor para él. Así no se enterará. Una muerte muy dulce, ¿eh? —rió el otro desvergonzadamente.

—Bien, basta de cháchara. Arrojémoslo a la ciénaga.

El que me había sacado volvió a inclinarse sobre mí para tomarme por los tobillos. Entonces disparé ambos pies y se los estampé en pleno rostro.

El tipo se desplomó de espaldas, mugiendo como un búfalo herido. Me incorporé de un salto, sintiendo a mis espaldas una espantosa imprecación.

Giré en redondo sobre mí, enfrentándome con el que todavía estaba en pie. Muy sorprendido, forcejeaba por desenfundar su pistola.

Todavía tenía la navajita en la mano, pues no la había soltado en ningún momento. Salté sobre él, moviendo la pequeña arma de arriba abajo.

El tipo aulló al serle cortados los tendones de la mano de un solo tajo. Tenía ya la pistola a medio sacar y el arma cayó al suelo.

Lo derribé de un fenomenal puntapié en el vientre, que lo hizo caer de espaldas, con las piernas por alto. La pistola pasó a mis manos, y en el mismo instante, me arrodillé, al mismo tiempo que me volvía.

Un disparo estalló por encima de mi cabeza. La bala me sopló siniestramente la sien izquierda.

No le di al otro ocasión de corregir el arma. Levanté la mano,

apuntando un poco alto.

El fulano saltó de espaldas, cuando mi bala le salió por la coronilla, llevándosele, de paso, el sombrero. La prenda tardó en caer más que él.

Alguien imprecó a mis espaldas. Me volví.

—¡Quieto! —aullé; pero ya era tarde. El pie del forajido me golpeó el antebrazo con terrible dureza.

Le hubiera valido más no hacerlo. El golpe impactó, con movimiento reflejo, en los nervios de mi mano y la pistola volvió a dispararse. El pandillero tosió espasmódicamente y cayó de rodillas.

Los dos nos miramos a un metro de distancia. Yo tenía la mano derecha caída a lo largo del costado, adormecida por el puntapié. Él se apoyaba con una en el ya fangoso suelo, en tanto que con la otra se oprimía el pecho, atravesado por aquel inesperado disparo.

Estiró la mano, en un último y frenético intento de apoderarse del arma. Ya no tenía fuerzas, de modo que le aparté con la izquierda. Cayó de costado, mirándome con odio infinito, al par que muy asombrado todavía, sin comprender cómo había logrado desprenderme de las ligaduras.

Caminé de rodillas hasta él. Volví su rostro de modo que le diera la luz de la luna de lleno.

—¿Quién os envió a liquidarme?

Dijo algo, pero su bisbiseo se perdió en la rojiza espumilla que, le brotaba de los labios. Un par de sangrientas burbujas estallaron en su boca y luego ladeó la cabeza a un lado y murió.

Me puse en pie, contento por un lado y furioso por otro. Todo había sucedido tan rápido que no había tenido tiempo de hablarles. Ni ellos tampoco a mí, por supuesto.

Pero, a fin de cuentas, había salvado la vida, que era lo importante. El brazo y la cabeza me dolían mucho; sin embargo, era lo menos que podía haber esperado de una aventura como aquélla, de la cual nunca creí haber salido con vida.

Esperé unos momentos aún, en tanto normalizaba mi respiración y dejaba que el brazo recobrase su funcionamiento. Cuando esto sucedió, me puse en pie.

Ya había pensado lo que tenía qué hacer. Recogí las pistolas, arrojándolas luego, una tras otra, a lo lejos. Chapotearon lúgubremente al caer en la ciénaga.

En el «tablier» del coche encontré la mía. Ésta sí la guardé, pues la tenía registrada y con la licencia no tenía miedo a que me reprocharan su uso. Pero, en cambio, conservando las otras, podía verme metido en un aprieto y esto no me interesaba por el momento.

Me sentía exhausto y rendido. Sin embargo, no quería dar por concluida mi labor. Allí tenía que hacer algo todavía.

Uno tras otro, arrojé los cuerpos inertes de los pistoleros a la zaga del sedán.

Cuando los hube metido dentro del coche, trepé al asiento del conductor. Di el contacto y retrocedí.

Cuando hube alcanzado la distancia conveniente, cambié la marcha y aceleré, dando gas al máximo. El motor roncó, en tanto que el coche avanzaba saltando espantosamente.

Pisé el acelerador a fondo, teniendo la portezuela abierta. En el momento en que vi brillar ante mí el primer charco de agua fangosa, salté fuera. El coche no iba entonces a menos de sesenta.

Rodé varias veces sobre mí mismo. Los choques fueron notablemente amortiguados por la blandura del suelo. Un charco me salió al paso, empapándome de agua.

Apoyado sobre el codo izquierdo, contemplé el final de la loca carrera del coche. Éste siguió rodando, levantando nubes de sucia espuma a medida que se adentraba en el pantano, hasta que, al fin, clavó el morro profundamente y se detuvo. Permaneció así quieto unos segundos y luego comenzó a hundirse.

No me moví de allí hasta que lo hube visto desaparecer por completo. El agua arenosa gorgoteó lúgubremente en tanto devoraba el coche y su contenido. Cuando el techo del sedán hubo desaparecido, una gran burbuja subió a la superficie y estalló con suave y macabro
glu-glú.
Después, la ciénaga recobró su lisura habitual.

Me puse en pie, dándome cuenta de que estaba hecho un asco, cubierto de fango de pies a cabeza. Era inútil intentar limpiarme, pues sólo un cambio completo de ropa habría conseguido arreglar la situación.

En vista de que allí ya no me era posible hacer nada, opté por dirigirme a la carretera, confiando en que algún coche podría

sacarme del apuro. La luz era bastante buena y me sirvió para llegar al borde del camino sin más tropiezos.

Fatigadísimo, me senté en un mojón caminero, en tanto trataba de coordinar las ideas que Se entremezclaban en mi cerebro. Quise fumar, pero tenía el traje arruinado por el fango y el agua y me fue imposible.

Era evidente que había poderosos intereses mezclados en la muerte de Maudie Connolly. Lo que en un principio pudo parecer un crimen pasional o bien obra de un maniático, aparecía ahora, después de las aseveraciones de Marley y después de lo que me estaba sucediendo, como una pequeña parte de un gran plan. ¿Plan de qué o para qué? me pregunté, sin poderme dar la respuesta.

Era evidente que alguien había tratado de perjudicar a Marley, arrebatando el misterioso «mensaje» a su esposa y luego matándola. Y por lo mismo, quería continuar con el perjuicio, procurando, por todos los medios, que su identidad no fuese descubierta. Porque, después de la suculenta oferta del dueño del «All American Casino», no creía ni remotamente en que éste fuera el autor de las draconianas órdenes que se habían dictado contra mí.

El resplandor de unos faros de automóvil me sacó de aquel semiletárgico estado. Salí al centro de la carretera y agité los brazos de modo significativo.

El coche se detuvo con gran rechinamiento de frenos a pocos pasos de distancia. Di la vuelta para acercarme al lado del conductor.

—Usted perdone —empecé a decir—, he sufrido un accidente y…

Una voz, poco oída pero no por ello menos conocida, me saludó con bastante sorpresa.

—¡Moran! ¿Qué diablos hace usted aquí… y a estas horas?

Agucé la vista para poder identificar a mi interlocutor. Lo hice a favor de la escasa luminosidad del tablero de instrumentos.

—¡Señor Tonicci! —exclamé, también yo muy sorprendido.

El alcalde frunció el ceño al verme en tan lamentable estado.

—¿Qué le ha ocurrido, Moran?

—Pues… iba con mi coche y… y me despisté súbitamente… Un mal nacido que no quiso apagar sus reflectores en el cruce. Cuando quise darme cuenta ya estaba de bruces en la ciénaga. Pude salir…

y la verdad —ahora ya no mentía—, aún no sé cómo estoy vivo.

—Necesita que le examine un médico, Moran —dijo Tonicci, atenuando un tanto su severidad—. Suba.

Di la vuelta y me senté a su lado.

—¿Tiene un cigarrillo, alcalde?

Me entregó un atado y saqué uno, prendiéndole fuego con el encendedor automático del coche. El humo penetró hasta los más recónditos rincones de mis bronquios.

—Estoy bien —dije—, y no necesito de otros cuidados que no sean los del agua caliente y una buena dosis de jabón. Después de una buena noche de dormir continuamente, quedaré como nuevo.

Rodamos moderadamente hacia la ciudad. Durante unos minutos, el alcalde guardó silencio.

Después, dijo:

—Moran, ¿ha leído los periódicos de estos dos días?

—Superficialmente. ¿Por qué me lo pregunta, alcalde?

—Su hazaña de la noche pasada, al tirotearse con el pistolero en la casa de Taunton no ha venido precisamente a aumentar su buena fama.

—¿Tuve yo la culpa de ello? —Me encogí de hombros—. El o yo, alcalde.

—Lo sé. Pero de un modo oficioso le diré que debe modificar su conducta para lo sucesivo o, de lo contrario, me veré en la obligación de hacer que le expulsen de la ciudad.

—Yo bien quisiera estarme quieto, señor, pero no me dejan.

—Usted no tenía por qué haber ido a visitar a Taunton. Eso es cosa de la policía, Moran.

—Lo sé, señor —repliqué humildemente—. Procuraré comportarme decentemente.

—Ya nos metió en bastantes líos a todos con su condenada afición a apretar el gatillo. Dejemos ahora en paz. La ciudad quiere paz, orden y trabajo, y no toleraremos que nadie nos turbe la tranquilidad de que ahora disfrutamos.

—Me doy por enterado, señor.

—Todos ganaremos si usted se porta como una persona normal. Por cierto, ¿no se le ha ocurrido buscar trabajo todavía?

Sacudí la cabeza.

—De momento, no, señor. Tengo todavía intactos los dos mil

dólares que me dieron y quiero descansar un poco antes de empezar a trabajar. Así, además, podré buscar un empleo que me agrade.

—Cuando decida trabajar, venga a verme, Moran. Le recomendaré a la fábrica de aviación. Le harán un hueco de acuerdo con sus posibilidades.

—Es usted muy amable, señor —dije. Luego pregunté—: ¿Qué tal le fue la pesca?

Tenía todos los trebejos en la parte trasera del coche. Era muy aficionado a tal deporte y había presidido numerosos jurados de distintos campeonatos.

—¡Psch!… Regular. Hay días, ¿sabe?

—Entiendo, señor —y ya no hablamos más, porque las primeras luces de la ciudad empezaban a darnos la bienvenida.

Tonicci paró el coche en un lugar céntrico. Tenía ya cogida la manija de la portezuela, cuando volvió a hablarme.

—Recuerde lo que le dije antes: paz y tranquilidad, Moran.

—Se lo prometo, señor. Gracias por haberme traído hasta aquí; ha sido usted muy amable.

—He cumplido con un deber ciudadano como cualquier otro habitante de Bedar County. Adiós, sarg… Moran.

—Adiós, alcalde —y bajé a la acera.

De allí, un taxi me llevó a casa, en donde me metí en la bañera, una vez llena de agua caliente. Permanecí un buen rato, dejando que se distendieran mis músculos, y luego los hice reaccionar con una ducha fría. Tenía en la nevera algún fiambre, de modo que con esto, un vaso de leche y luego una taza de café instantáneo, llené mi estómago.

Fumé un cigarrillo incompleto, pues el sueño me asaltó antes de que pudiera terminarlo.

El día siguiente me sorprendió bastante reconfortado. Me vestí y ya estaba dispuesto a lanzarme a la calle, en busca de un buen desayuno primero y luego a realizar unas gestiones, cuando sonó el timbre del teléfono.

Miré el aparato especulativamente, dudando entre tomarlo o enviarlo al diablo, pero la curiosidad pudo más.

Una voz de hombre, bronca y arisca, me saludó.

—Buenos días, sargento.

—Ya no lo soy —dije hoscamente.

—Es igual —noté que reía el que hablaba—. Pero, de todas formas, los buenos días siguen siéndolo para aquel que se despierta vivo, ¿verdad?

—¿Tiene la bondad de decirme su nombre, amigo?

—Es igual, «Quick»; no le sacaría de ningún apuro. Lo que quería decirle es que… ¿le gustaría que siguieran diciéndole buenos días durante cuarenta o cincuenta años más?

—¿Y quién no?

—Pues entonces —bramó el otro—, ¡cese ya de meter sus puercas narices en asuntos que no le interesan y dedíquese al estudio del sánscrito! Así podrá escuchar ese saludo durante medio siglo más, ¿estamos?

El exabrupto del desconocido me dejó tan frío que antes de que pudiera responderle, ya había colgado el teléfono.

Con el mío en la mano, miré el auricular, bastante desconcertado.

Luego, muy lentamente, lo colgué.

Inmediatamente sonó la campanilla otra vez.

Cogí el aparato lleno de cólera y lo levanté sobre mi cabeza, dispuesto a estamparlo contra la pared. En el último momento supe contenerme.

—¿Quién es? —pregunté de muy mal talante.

—¿Ha sufrido pesadillas esta noche, Joe?

Mi actitud de enojo se rebajó bastante.

—Dispénseme, Honey. Lo que acabo de sufrir es una llamada bastante impertinente. Creí que sería el otro y… Pero me alegro infinito de haberme equivocado. ¿Cómo se encuentra?

—Yo, estupendamente, Joe. Estuve aguardando su llamada y en vista de que no se producía, decidí hacerlo. ¿Se le pegaron las sábanas?

Consulté mi reloj. ¡Cielos, si eran ya más de las diez de la mañana!

—Me acosté muy cansado anoche, dulzura. Sin embargo, me gustaría poder desarrugar, en persona, el ceño de la muchacha más bonita y atractiva que he visto en mi vida.

Una risa argentina sonó al otro lado del hilo.

—Se ve que ha descansado suficientemente para poder piropear a las mujeres, Joe.

—Sólo a una, dulzura.

—¿Seguro?

—Si pudiera verme, levantaría la mano derecha en señal de juramento.

—Basta, es suficiente. Confío en su palabra. Joe, ¿qué tiene que hacer ahora?

—Lo primero, desayunar, pues desfallezco. Luego… algo que no quiero decir por teléfono.

—¿Cuándo me lo dirá? —preguntó ella con leve acento de ansiedad.

Volví a consultar el reloj.

—Dentro de media hora —dije—. A menos que prefiera tomar conmigo algo en «El valle de la muerte».

—¿Ese establecimiento cuyo dueño es amigo suyo?

—¡Ajá! Allí me dirijo ahora.

—Muy bien, Joe. Llegaré dentro de quince minutos. Hasta ahora —y colgó.

Hice lo mismo y luego me dirigí hacia la salida, bastante tonificado por la conversación que acababa de sostener…

Estaba a mitad de un copioso desayuno, cuando ella entró en el local.

Me puse en pie, lo primero por educación y lo segundo porque, aunque no la hubiera conocido, habría hecho lo mismo.

Honey vestía un traje estampado de flores rojas en fondo negro, que en cualquier otra mujer habría parecido explosivo, pero que en ella resultaba perfectamente natural. Lo llevaba con la gracia de una *mannequm* parisina; y es que el entrenamiento de las *Rockettes* deja su huella para siempre en la muchacha que ha pertenecido a tan rígido conjunto.

Debió verme tan embobado, que no pudo contener una amplia sonrisa.

—Despierte, Joe.

Sacudí la cabeza.

—No quisiera —dije—. No quisiera. Es un sueño demasiado hermoso.

CAPÍTULO VII

La gestión que tenía que realizar debía hacerse en la Oficina de Registro de Tierras, y allí nos fuimos los dos, después de salir del local de Paddy.

Honey había perdido buena parte de su sonrisa, cuando la puse al corriente de todo. Se convenció de que la cosa iba más en serio de lo que podía suponerse y luego me ofreció la ayuda de Marley.

—Veremos —contesté cautamente, sin querer comprometerme a nada.

Una vez en la oficina mencionada, pedí el plano del lago. El funcionario me miró con gesto sorprendido.

—¡Caramba!

Fruncí el ceño.

—¿A qué viene ese caramba? —inquirí.

—El plano del lago es un mamotreto que ha estado durmiendo aquí desde hace veinte años. Nadie lo había pedido en todo ese tiempo hasta hoy.

—He tenido un capricho —dije, displicente.

El funcionario se encogió de hombros.

—Bueno, dispense, no le quise ofender. Pero ya es el segundo que me lo pide esta mañana.

Honey y yo nos miramos, con bastante desconcierto. Le había explicado parcialmente a la muchacha lo que quería hallar y la noticia nos sorprendía completamente.

El funcionario vino poco después con un impresionante rollo de papel encerado en las manos, que me entregó, haciéndome firmar antes un recibo. Tomé el rollo y, en unión de la chica, me fui a una mesa próxima.

Honey tomó el rollo por uno de sus lados, en tanto yo lo desenrollaba. Al terminar, volvimos a mirarnos.

—Muy notable —dije.

Ella asintió.

—Después de las manifestaciones del funcionario, era lo menos que podíamos esperar, Joe.

—Por supuesto —contesté, contemplando el hueco que faltaba en el plano y que, evidentemente se veía producido por el corte de una hoja de afeitar. Era preciso desenrollarlo para advertir la falta de aquel fragmento y, lógicamente, al empleado le había pasado inadvertido.

Con el plano bien abierto, para que el individuo lo viera, volví junto a la ventanilla. El tipo masculló una fea interjección.

—¡El muy…! Ahora me va a costar a mí un disgusto, cuando el jefe de la oficina se entere…

Corté sus lamentaciones.

—Nadie lo sabrá si usted me ayuda, amigo.

El empleado me miró especulativamente.

—Le conozco, sargento —dijo—. Usted no es lo que han dicho de usted estos días. Los tipos que baleó no se merecían otra cosa.

—Gracias. Es la primera opinión sensata, aparte de la de esta chica tan bonita que llevo al lado, que oigo desde hace bastante tiempo. Lo cual quiere decir que está dispuesto a colaborar, ¿no es así?

Asintió con la cabeza.

—El tipo era de mediana estatura, ancho de hombros y usaba gafas oscuras. Parecía como si quisiera pasar inadvertido.

—Lógicamente. ¿Qué más vio en él, amigo?

El empleado meditó profundamente. Tardó casi un minuto en contestar y cuando lo hizo emitió un suspiro de alivio.

—¡Ahora caigo! Llevaba una pulsera muy curiosa.

—¿Pulsera? —exclamé, extrañado.

—Bueno, me refiero a la del reloj. Era blanca y gris, como si fuera hecha de la piel de un reptil. Serpiente o algo por el estilo, usted ya me entiende. Se la vi con toda claridad, porque alargó la mano izquierda para tomar el plano.

—Ése ya es un detalle muy apreciable —contesté, sonriendo, pues ya sabía quién era mi hombre—. Gracias, amigo —dije, y le di un billete de diez dólares—. Tómese un par de copas a nuestra salud.

El hombre me devolvió el dinero.

—Gracias, sargento. Lo hice porque lo consideré mi deber y usted no tiene que pagarme con ello. Encuentre al tipo y dele su merecido.

—Apuntaré un directo a la mandíbula en su nombre. ¡Adiós! —exclamé, y tomando el brazo de Honey, salimos de la oficina.

Cuando estuvimos fuera, ella me miró inquisitivamente.

—¿Qué es lo que piensa hacer ahora, Joe?

—Usted dijo que Marley le prestaría, si se la pidiera, una de sus motoras.

—Desde luego.

Abrí la portezuela de la furgoneta.

—Ésta es la ocasión de aceptar el ofrecimiento, dulzura. Vamos a dedicarnos durante todo lo que queda de día al deporte motonáutico.

En menos de quince minutos llegamos al casino, desierto y solitario a aquellas horas, a excepción de unas cuantas personas que cuidaban de la limpieza. Honey desapareció por una puertecita reservada, para volver a los pocos momentos con una llave en la mano.

—Marley me ha dicho que tomemos la que más nos guste. Usaremos la de paseo. Tiene otra de competición, pero no creo que ésta nos interese.

—Me parece muy bien —concordé—. Pero usted debe cambiarse de ropa.

—¿Eh? —Me miró, extrañada.

—Ese vestido que lleva es muy conspicuo y no nos conviene significamos demasiado. Vaya, haga lo que le digo, y, de paso, mire a ver si encuentra un par de prismáticos.

Sonrió.

—No olvida un detalle, Joe.

—Ésa es… era mi profesión, dulzura. Dese prisa.

Me entregó las llaves de la motora y mientras ella se cambiaba de vestido, yo atravesé el local, saliendo al embarcadero, en donde se encontraba la nave.

Ésta era de buen tamaño, con cabina cerrada y un semipuente en la parte superior, más propia para la pesca mayor en las aguas del Golfo, que no para ser utilizada en las aguas de aquel lago, que corrientemente solía parecer un espejo.

Solté las amarras, dejando solo una. Luego examiné la canoa, hallándola muy potente y veloz, pero en el momento actual lo que a mí me interesaban eran sus cualidades de flotabilidad, es decir, que se mantuviera sobre las aguas, pues no tenía que participar en ninguna carrera. La cabina serviría perfectamente para mis planes y así podría observar sin ser visto.

Honey llegó diez minutos más tarde, con unos prismáticos en la mano. Ahora vestía una simple blusa gris y unos pantalones negros, calzando unas sandalias bajas del mismo color. La ayudé a pasar a bordo, después de lo cual solté la última amarra.

—Usted pilotará —dije—, en tanto yo observo desde abajo. Hágalo con tranquilidad, sosteniendo una marcha moderada, como si quisiera disfrutar de un sencillo paseo con la motora.

Asintió, trepando al puente. Yo descendí a la cabina, la cual tenía en la parte de proa una escala que permitía comunicarse con el puente por medio de un escotillón, sin necesidad de salir a cubierta. Mejor para mis planes.

El suelo de la cabina trepidó cuando Honey puso en marcha el motor. Lentamente, la canoa desatracó del embarcadero, adquiriendo en pocos momentos una modesta velocidad de ocho a diez nudos a la hora. Al separamos del embarcadero vi en la parte de arriba, sonriendo irónicamente, al dueño del casino. «Packet» estaba a su lado y también creí ver a Glafiro. La vidriera había sido ya reparada.

Poco a poco, fuimos ganando distancia. La escotilla estaba abierta y a través de ella me llegó la voz de la muchacha.

—¿Le impiden sus ocupaciones preparar algo de beber? Hay bar y siempre está bien surtido, Joe.

—Ahora mismo —contesté, dejando los prismáticos sobre el diván, encima del cual me hallaba arrodillado, observando.

Compuse dos combinados y puse el pie en el primer peldaño, alargando el brazo. Honey tomó la copa y yo me quedé en el mismo sitio, con la mía en la mano y sin dejar de mirar hacia el punto que me interesaba y del cual nos separaba todavía bastante distancia.

—¡Muy bueno el cóctel! —gritó la chica.

—¿Otro?

—¡No; un cigarrillo!

Encendí uno y se lo di de la misma forma. La placidez del lago

era tal que apenas si se movía la canoa.

Así permanecimos durante más de una hora, dando vueltas aparentemente sin sentido, zigzagueando de un lado para otro, pero sin alejarnos demasiado de un punto al que yo tenía sumo interés en no perder de vista.

Bruscamente, Honey me llamó la atención.

—¡Ey, Joe, mire a su espalda!

Volví la cabeza, yéndome al diván de estribor, con los gemelos en las manos. A lo lejos, a media milla de nosotros, una potente canoa roncaba, levantando una doble bigotera de espuma, surcando las aguas en dirección norte.

Observé la embarcación durante cinco o diez minutos. Navegaba, al doble de nuestra velocidad, por lo que nos rebasó.

—Reduzca la marcha a la mitad —grité, y el motor atenuó su trepidar.

La otra canoa siguió ganando distancia. Súbitamente, su piloto la hizo virar noventa grados a babor, de modo que su trayectoria era ahora perpendicular a la nuestra.

Así recorrió otra media milla, al cabo de la cual, su marcha quedó notablemente atenuada, en tanto que el conductor la hacía virar nuevamente, poniendo proa al sur. De pronto, un gran remolino se alzó en su popa y ello me hizo entender que daban marcha atrás, con el fin de detener la embarcación.

—¿Se ha fijado dónde están, Joe? —me preguntó Honey.

—Es lo que yo había esperado que hicieran —dije, sin dejar de observar a los ocupantes de la canoa, la cual se había detenido a una docena escasa de metros del muro de contención en donde Honey y yo habíamos estado el día anterior.

—No se detenga —grité de pronto, advirtiendo que el ruido del motor estaba a punto de cesar—. Dé vueltas, pero sin alejarse de aquí más de quinientos metros. Vaya arriba o abajo, hacia donde le parezca mejor, conservando siempre la distancia citada; no quiero perder a esos tipos de vista.

Honey obedeció. De vez en cuando viraba de bordo y yo me veía obligado a pasar a la otra banda. Pero ni un solo detalle de lo que hacían aquellos individuos escapó de mi investigación.

Estuvimos así observándolos durante todo el día, hasta que el sol se escondió tras las montañas. Entonces, los dos escafandristas que

habían estado haciendo continuas inmersiones en las aguas del lago, emergieron a la superficie, fueron izados a la canoa, y ésta, encendiendo sus luces de posición, aceleró rumbo a los embarcaderos.

Cuando la navecilla se hubo alejado lo suficiente para permitírmelo, subí al puente. Honey me miró, sin soltar la rueda…

—Hoy, al menos —dije—, no han hallado nada.

Se estremeció.

—¿Supone usted que Maudie arrojó… arrojó…? Asentí con la cabeza.

—Bloquearon su coche, empujándola hacia el borde del muro. Ella se dio cuenta de lo que perseguían sus asesinos y arrojó el sedicente mensaje a las aguas del lago. Pudo hacerlo perfectamente, ya que según el informe forense, la muerte se produjo alrededor de la medianoche, es decir, a una hora en la cual la visibilidad no podía ser buena, aun contando con los reflectores de los coches. Tengamos, además, en cuenta, que hubo un pequeño momento de confusión, que fue el del frenado de los autos, que fue el que ella aprovechó para deshacerse del paquete. Por eso, una vez detenida, registraron su coche y al no encontrar lo que buscaban, tanto por la ira que les producía el fracaso por su asalto como por evitar ser reconocidos, dispararon…

—¡Basta, basta! —exclamó Honey, con las manos crispadas sobre la rueda del timón—. Es suficiente con lo que he oído.

—Aún le queda algo —dije—. Sólo ha sido bastante después que se les ha ocurrido que Maudie pudo recurrir a aquella estratagema y de ahí sus esfuerzos de hoy por encontrar lo que tanto buscan. Por eso cortaron aquel trozo del plano.

—¿Ya sabe usted quién ha sido?

—Un tal «Serpiente» Banks. Le llaman así por lo aficionado que es siempre a utilizar objetos hechos con la piel de esos bichos. La pulsera del reloj, la billetera… incluso los zapatos. «Trabaja», es un decir, por cuenta propia, lo cual significa que se vende al mejor postor. En este caso, el asesino de su hermana.

—Usted va a ir luego a verle.

—Por supuesto. A él solo no se le habría ocurrido destrozar el plano. Y es muy interesante para nosotros, porque es el único medio de enterarnos de una exacta distribución de las cabañas del poblado

que está allí sumergido.

—Entiendo —murmuró ella, meditabunda.

Ya no hablamos más hasta regresar al casino. Atracamos la canoa y después de ello, le pedí a la muchacha solicitara algo de Marley.

Honey me miró con ojos llenos de pasmo.

—Joe, ¿qué es lo que piensa hacer?

Sonreí con todo descaro.

—Prevenirme. Quizá hacer que otros trabajen para mí. ¿Quién sabe?

Me cogió por las solapas de la chaqueta, mirándome ansiosamente.

—Joe, tenga mucho cuidado, se lo ruego.

—Pidiéndomelo usted, no me queda otro remedio que obedecer, dulzura —y bajando la cabeza, junté mis labios con los suyos, sin que ella protestara…

«Serpiente» Banks no podía sospechar jamás la sorpresa que le esperaba cuando llegó a su casa. Abrió la puerta y apenas lo había hecho, salió disparado hasta la pared frontera.

Rodó por el suelo, barbotando una serie de espantosas imprecaciones. Quiso llevarse la mano al interior de la chaqueta, pero su gesto se cortó en seco cuando le contemplé por encima del punto de mira de mi automática.

A pesar de todo, era un tipo con reaños. Aún sentado en el suelo, sonrió, en tanto se frotaba la semidesencajada mandíbula.

—Pega fuerte, «Quick» —dijo.

—Esto no ha sido más que una pequeña muestra, gratuita, por supuesto, de lo que puedo hacerte, si no contestas a una serie de preguntas que pienso hacerte.

—¿Me ha tomado por un chivato, «Quick»?

—Los chivatos son personas decentes comparados con un piojoso bastardo como tú. Saca la pistola y tírala, resbalando por el suelo. Cuidado, ya sabes que cuando veo un fulano de tu especie, el dedo se me encabrita.

Se pasó la lengua por los labios súbitamente resecos. Conocía mi fama y sabía que, expulsado o no de la Policía, yo no era tipo de distraerme en situaciones como aquélla.

Hizo lo que le decía, empujando luego su pistola con el pie.

Avancé hasta tocarla con el mío y la lancé debajo de un diván.

—Levántate.

Obedeció, estirándose los faldones de la chaqueta. Banks era un tipo a quién le gustaba siempre ir muy compuesto y mi golpe le había arrugado el traje. Sus zapatos, blancos y grises, hacían juego con la pulsera que me había descrito el empleado de la oficina del Registro de Tierras.

—¿Por cuenta de quién trabajas ahora, «Serpiente»?

—Por la de un tal Ernest S. Banks, como siempre —contestó con desfachatez.

Le clavé la pistola en el estómago y, cuando se dobló, le di en la misma oreja, no detrás. El tipo cayó al suelo, aullando sordamente.

Le pegué un puntapié en el costado, deshaciendo el ovillo.

Él quiso cogerme por la pierna pero le separé la mano de otra patada. Rodó sobre sí mismo, maldiciendo obscenamente.

—Arriba, «Serpiente»; esto no es más que el principio. ¿Quién te pagó para que cortaras aquel trozo de plano?

Sujetándose la mano afectada con la otra, me miró aviesamente.

—Eso no le importa, condenado fisgón.

—Opinas muy equivocadamente, amiguito —y me acerqué de nuevo a él—. Vamos, no me gusta esperar las respuestas. ¿No me llamaste antes tú mismo «Quick»?

—Otra cosa habría que llamarle —maldijo, y entonces, volví a mover la mano, hinchándole la mejilla izquierda con el caño del arma.

—Para que haga juego con tu oreja —dije—. ¿Tendré que seguir insistiendo?

Escupió al suelo.

—Usted ya no es policía. No tiene derecho a interrogarme. Está fuera de la ley.

Agité la mano derecha.

—En este momento —repliqué—, tengo aquí el código en peso. Esta pistola legaliza todo lo que pueda hacerte. ¿Quién te pagó?

Se pasó la lengua por los labios. No contestó.

—Te los hincharé si no hablas, «Serpiente». Y ésta es la última advertencia que te hago.

Me contestó con algo impublicable. Salté hacia él, amagándole al rostro, pero cuando se cubrió con los brazos, le golpeé en el

costado, al final de las costillas. Bramó como un toro herido.

—¡Basta! —gimió—. No me toque más. Se lo diré. Fue… —jadeó —, fue Rosebuch, del «Frisco».

—¡Vaya! —exclamé, bastante sorprendido—. No sabía que ese individuo se dedicase a amargarle la vida a Marley. ¿Te dijo para qué quería el plano?

Se encogió de hombros.

—Esa clase de gente paga y no da explicaciones —dijo.

—Tienes razón; seo no te lo discuto. Bien, «Serpiente», muchas gracias por tus informes. Rosebuch completará lo que tú no sabes.

—Le recomiendo no asome la cabeza por allí —dijo el pistolero.

—Métete tus consejos en donde te parezca, cerdo —murmuré, y enfundé la pistola, disponiéndome a abandonar el apartamento.

En esto cometí un error. No debía haberme confiado.

El pie de Banks empujó una silla, lanzándola contra mí. Me vi obligado a levantar ambas manos para protegerme el rostro.

Al mismo tiempo, retrocedía de modo instintivo. Tropecé con una mesita baja y caí de espaldas.

Banks se me tiró encima, empuñando algo que brillaba ominosamente en su mano izquierda. Si no hubiera sido zurdo, el empleado no se habría fijado nunca en su pulsera de piel de serpiente.

Rodé sobre mí mismo, esquivando el golpe por milímetros. Banks renegaba espantosamente. Quise sacar la pistola, pero su mano derecha me impidió el gesto.

Apenas si tuve tiempo de parar el segundo golpe que me dirigía. El tipo, además, no se andaba con contemplaciones. Si no le freno, me atraviesa los huesos de la frente, cosa fácil para aquel estilete tan aguzado como un punzón de picar hielo.

Durante unos segundos, la cosa se mantuvo en un *impasse*, cada uno forcejeando contra el otro. Después, haciendo un soberano esfuerzo, pude encoger las piernas y distenderlas después.

Banks abrió los brazos, saliendo disparado hacia atrás, con los brazos abiertos de par en par. Se incorporó como un gato y no había soltado el cuchillo.

Me miró con furia llameante en sus ojos. De pronto, distendió su brazo.

Fue un relámpago de plata, apenas visible por la grandísima

rapidez con que había impulsado el cuchillo. Sentí su frío soplo junto a mi oreja al agacharme al mismo tiempo que me ladeaba. El acero se clavó a mis espaldas, con seco chasquido.

Banks no me dejó reponerme. Volvió a saltar sobre mí, pero ahora ya la cosa variaba. Aunque era fuerte y membrudo, la lucha se circunscribía a dos hombres que sólo podían utilizar sus manos.

Su primer golpe me hizo girar en redondo, alcanzándome en el hombro izquierdo. Sentí su ardiente jadeo al echarme por encima y, haciendo fuerza con los músculos de mis piernas, terminé el giro.

Banks caía ya sobre mí aullando como un desesperado. Bloqueé su segundo golpe y le clavé el puño entre los ojos. Retrocedió un paso.

Después volvió a echárseme encima, levantando ambos brazos, para asirme en una presa indestructible. Entonces fue cuando asesté mi golpe definitivo, moviendo el brazo derecho en semicírculo.

Gorgoteó ininteligiblemente cuando el filo de mi mano le golpeó en la garganta. Su boca se abrió, jadeando penosamente en busca de aire para sus pulmones. Retrocedió, vacilante y tembloroso. Entonces, me lancé a fondo contra su mandíbula.

Traté de arreglar los desperfectos de la ropa, en tanto lo contemplaba inerte a mis pies. Pasé los dedos por mis revueltos cabellos y, luego, más tembloroso de lo que yo mismo habría esperado, me dirigí a la puerta.

En la calle tomé un taxi.

—¡Al «Frisco»! —ordené al conductor.

CAPÍTULO VIII

Naturalmente, no cometí la tontería de entrar en el «Frisco» por la vía directa. Pero aunque lo hubiera hecho, el resultado habría sido idéntico. Rosebuch no estaba y ello no era ningún truco o argucia, sino la verdad.

Bastante despechado por el relativo fracaso, volví a mi casa, en donde me acosté, no sin antes haber atrancado bien la puerta. Dormí, pero no mucho, pues era aún de noche cuando ya estaba fuera del lecho.

Salí a la calle con la primera claridad. Hallar un taxi a aquellas horas era bastante difícil, por lo que, resignadamente, me dispuse a caminar a pie hasta el casino de Marley.

No tuve que hacerlo mucho rato. Apenas había salido fuera de la ciudad, un coche se detuvo a mi lado.

—¿Puedo llevarle, Moran? —me dijo afablemente el alcalde.

—¡Caramba! ¿Tan temprano y ya de pesca?

—¡Ajá! Ésta es la mejor hora, Moran —puso en marcha el coche apenas hube subido a él y continuó—: Todavía no se han espantado los peces con el ruido de las hélices, ¿comprende?

—Una excelente idea.

—Además, puedo hacerlo un par de horas antes de entrar a trabajar. Nada —añadió enfáticamente—, como un buen rato de distracción a estas horas. La mente se descarga y queda libre de preocupaciones y limpia para emprender la dura labor del día.

—Tendré que imitarle cuando me busque empleo, alcalde.

—Hágalo, verá qué bien le sienta.

—Casi diría que estoy empezando —sonreí—. Por lo menos, ya que no pesco, nadaré.

—El agua está muy fría a las seis de la mañana, Moran.

—Eso lo tonifica más a uno.

Luego seguimos hablando de cosas intrascendentes y, al fin, me

dejó en la puerta del casino, donde, según mis declaraciones, tenía una cita con una de las chicas que vendían cigarrillos en el mismo.

Honey me esperaba ya. Ahora vestía un *pullover* de cuello cerrado, que le favorecía ¡de qué modo! y unos *shorts* blancos, calzando una especie de babuchas de madera y paja trenzada, de alto tacón. Me sonrió como ella sólo sabe hacerlo.

—Madrugadora, dulzura.

—Es lo menos que puedo hacer, ¿no cree? —me saludó, abandonando su mano entre las mías. Nos miramos fijamente unos segundos y al cabo se puso colorada y desvió la vista.

—¡Ejem…! Joe, tengo aquí lo que me pidió.

—Estupendo. Lo hubiera podido hacer yo, pero quizá me habría hecho demasiado conspicuo.

—Una buena idea —dijo entonces una voz a nuestras espaldas.

Nos volvimos. Era Marley, cubierto su cuerpo con un lujoso batín. Al cuello tenía arrollada una bufanda de seda.

—Hasta ahora no es más que una hipótesis —dije.

—Ellos también han pensado igual que usted, Moran —dijo Marley meditabundo—. No va tan descaminado como parece.

—Espero comprobarlo dentro de poco —contesté.

—Por eso ha madrugado, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Quiero anticiparme a ellos —dije—. ¿Sabe que ya he averiguado quién pagó a «Serpiente» Banks para que cortase el plano?

Marley arqueó las cejas.

—No me diga, Moran.

—Me lo dijo el propio Banks anoche. Tuve que convencerle —dije significativamente, y Marley sonrió de modo comprensivo—. Pero a última hora parece que triunfaron mis métodos persuasivos.

Honey abrió mucho las cejas.

—¡Joe! —exclamó.

—No se preocupe, dulzura. Sólo fue una conversación entre amigos. Banks tendrá que tomar unas claras de huevo para suavizarse la garganta, pero eso fue todo.

Marley se echó a reír.

—¡Simpático Moran! —exclamó—. Bien, pueden empezar cuando quieran. Les he alistado la canoa pequeña, en la cual he

puesto, además, un par de cañas de pescar. Así, Honey podrá disimular mientras usted trabaja.

—Está en todo, Marley. Gracias.

El dueño del casino borró la sonrisa de sus labios.

—Encuentre el mensaje que me traía Maudie y tendrá sus cien mil, Moran.

—Lo tendrá gratis —dije.

—Usted aceptará los cien mil —recalcó Marley—. Los necesitará… para el viaje de bodas.

Miró intencionadamente a Honey y ésta se sonrojó.

—Vamos, Joe —dijo la muchacha.

En una de las habitaciones posteriores del casino, me desvestí, poniéndome luego un simple *slip* de baño. Cuando pasé a la canoa, vi que había allí, además de los objetos que había encargado a Marley, una salida de baño, la cual me puse en tanto no tuviese que sumergirme bajo las aguas.

Marley en persona soltó las amarras. Después, la muchacha dio gas al motor y la canoa empezó a surcar las aguas.

Media hora más tarde, nos hallábamos ya en el lugar indicado. Me despojé del albornoz, empezando entonces a colocarme los utensilios necesarios para poder sumergirme: botellas de aire, máscara y aletas.

Saqué las piernas fuera. Luego miré a la muchacha.

—Usted no se mueva de aquí, Honey. Haga como que pesca, pero procure no separarse mucho de este lugar.

—¿Y si ocurriera algo, cómo le avisaría?

Me mordí los labios. Esto era algo en lo que no había pensado.

Al fin hallé la solución.

—Si ve algo sospechoso, arranque con fuerza un par de veces, como si se hubiera confundido al dar gas el motor. El ruido de la hélice llegará muy bien abajo.

Movió la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo, Joe. Pero, por lo que más quiera, tenga cuidado.

—No se preocupe —dije, echándome a reír—. En la Infantería de Marina tuve ocasión de practicar bastante el escafandrismo.

Y acto seguido, metí la boquilla entre los dientes, comprobé la perfecta normalidad del suministro de aire y luego me calé la máscara.

Me dejé caer en el agua. Invertí mi posición y empecé a palear con las aletas para ganar profundidad.

Desde la altura se veían las oscuras moles de las viejas cabañas, agrupadas en una especie de explanada situada al lado del pequeño acantilado que en épocas añejas las había protegido de los vientos. Algunas carpas pasaron velozmente por mi lado, asustadas por la presencia de aquel gigantesco pez de nueva especie.

Poco a poco me fui hundiendo. Procuré ir hacia el pie del acantilado, cuya mayor profundidad no llegaría acaso a los veinte metros. Si mis suposiciones eran acertadas, allí era donde debía estar el paquete que Maudie había lanzado al agua segundos antes de ser asesinada.

Finalmente, llegué al fondo. Con infinita paciencia fui escrutando la parte lisa, sin poder hallar otra cosa que plantas acuáticas y fango. Recorrí todo aquel espacio en una longitud de más de cincuenta metros, sin que mis gestiones dieran el menor resultado.

De vez en cuando levantaba la vista. El agua era allí tan transparente que se podía ver con toda claridad la quilla de la canoa, flotando pacíficamente a veinte o veinticinco metros por encima de mí.

Pasó casi una hora antes de que desistiera de seguir buscando por aquel sector. Empecé a pensar que sería muy conveniente subir y tomarme un descanso, acompañado de un par de tazas de cacao caliente que Honey, a petición mía, había traído en un termo. Entonces advertí algo que me había pasado inadvertido.

Era una cabaña situada a una decena de metros del muro. Mediría diez de largo por seis o siete de ancho y parecía conservarse en bastante buen estado. En el lado más próximo se veía sobresalir la construcción de mampostería que había sido antaño la chimenea.

Decidí hacer una última investigación antes del descanso. Fui nadando suavemente hacia la cabaña, pero cuando ya estaba a punto de llegar, algo brilló con fuerza a unos cincuenta o sesenta metros de distancia.

En el primer momento, me pregunté qué podía ser aquello, pero cuando sentí en mis oídos un dolor intensísimo, intolerable, pronto pude saberlo.

¡Me estaban bombardeando!

Así, como suena. Aquel chispazo había sido el de la explosión de una granada de mano, seguramente de tipo militar, cuyo fulminante, como se sabe, tarda unos cuantos segundos en comunicar su energía a la carga.

Una bofetada de agua me presionó el diafragma. Si la granada hubiera estallado más cerca, a estas horas no lo cuento.

De todas formas, me di cuenta de que no iba a ser la última granada, por lo que, precipitadamente, busqué un refugio contra las próximas explosiones. Emerger no podía, ya que antes tenía que hacer, cuando menos, una escala compensadora de la presión y me hubieran cazado como a una trucha.

Lo único que podía hacer era meterme en la cabaña. No era un remedio muy adecuado, pero era lo único que cabía hacer, en aquellos momentos. Nadé frenéticamente, deslizándome bajo el umbral de una puerta ya inexistente, justo en el momento en que un fragoroso estampido conmovía la capa líquida.

La pared opuesta de la cabaña me protegió bastante, pero no del todo, porque había una ventana abierta, a través de la cual pasó parte de la onda de concusión. La oscuridad era allí mucho mayor y era más difícil orientarme, a pesar de lo cual no tardé en hallar el que yo creí más seguro refugio contra sucesivos estallidos.

Comprendí a los submarinistas en la guerra cuando recibían las cargas de profundidad, al estallar otras dos granadas que me hicieron danzar de un lado para otro. El dolor en mis oídos y mis costados era ya intolerable. Un líquido verdoso apareció súbitamente en el interior de mi máscara de vidrio.

Lo miré estupefacto. Tardé nos segundos en darme cuenta de que era sangre que me brotaba por los orificios de la nariz. El espectro de una lesión interna sacudió estremecedoramente mi ánimo.

Llegué a la chimenea, en la cual tanto confiaba. Aquellos colonizadores lo habían sabido hacer bien. De lo contrario, yo no estaría vivo.

En el hogar cabía cómodamente un buen ternero y el tubo de tiro era bastante ancho. Me encajé en él como pude, soportando los duros estallidos de las granadas que continuamente seguían arrojando en aquel sector.

Aún tuve humor para pensar en Honey. Me imaginé que la habrían sorprendido, impidiéndole lanzar la señal de alarma o bien se habrían acercado de manera infructuosa. El caso fue que después de una docena de furiosos estallidos, el ruido cesó.

Me sentía exhausto y helado, además de lleno de dolor por todas las regiones de mi cuerpo. No sabía cómo estaba el interior de mi organismo; seguramente, en cuanto volviese a la superficie, tendría que someterme a un reconocimiento general. Aquella sangre que había salido de mis narices ahora afortunadamente contenida, no me había gustado un pelo.

Por Honey no sentí ningún temor. La habrían atrapado y seguramente la retendrían hasta que pudieran hacerla hablar. Por lo tanto, lo más urgente en mi caso era largarme de allí. Tendría que emerger lejos, con el fin de no ser advertido. Luego pondría en guardia a Marley y…

Levanté la cabeza. No vi nada a través del ancho hueco de la chimenea, por lo que no quise arriesgarme a salir a través del mismo. Salí por debajo y me encaminé hacia la ventana más próxima.

Asomaba ya la cabeza cuando, de pronto, alguien me miró desde menos de un metro de distancia con enorme sorpresa. Era otro escafandrista, el cual debía haberse sumergido apenas terminado el barrido de las aguas con las granadas de mano.

El tipo se quedó enormemente sorprendido al verme. No se imaginaba hallarme con vida, cosa bastante lógica, después de la «pedrea» padecida. Y yo también, caramba.

El individuo reaccionó rápidamente. Echó mano a un cuchillo que llevaba pendiente del cinturón y paleó el agua con las aletas, arrojándose sobre mí.

Tuve el tiempo justo de parar el golpe, maldiciéndome en mi interior por no haberme prevenido de igual manera. Sujeté su mano con la mía, pero al instante alargó la otra, tratando de arrancarme el tubo de respiración.

Pude contenerle. Durante unos segundos, ambos nos debatimos furiosamente, luchando con salvajismo inigualable en el fondo del agua. Salimos trompicados y uno de mis hombros se rasgó contra la esquina de la cabaña.

Rodeé sus piernas con las mías, atornillándome contra él. Sus

ojos relucían de odio a través de la máscara vidriada.

Poco a poco, conseguí ir doblando su brazo armado. El cuchillo retrocedió lenta, pero seguramente, acercándose con inflexible seguridad hacia su garganta.

Entonces fue cuando el miedo desorganizó sus actos. Se debatió ferozmente, pero carecía de la experiencia que yo había adquirido en las playas de Wonsan, cuando formaba parte de la Infantería de Marina.

La punta del cuchillo se clavó en su carne. No fue mucho, pero sí lo suficiente para hacer que su rostro se contorsionara a impulsos del dolor recibido.

Entonces hizo un esfuerzo desesperado, pero mal dirigido. El filo del cuchillo seccionó limpiamente el tubo de respiración.

El tipo se dio cuenta de la catástrofe que él mismo se había originado. Pateó desesperadamente y consiguió despegarse de mí. La boquilla se le desprendió de los labios.

A veinticinco metros de profundidad, aquello era la muerte. El forajido se remontó, paleando el agua con frenesí. Le vi subir a toda marcha, pero, súbitamente se inmovilizó. Volvió el vientre hacia arriba y su cuerpo adquirió una trágica postura horizontal. La repentina descompresión estaba haciendo sus efectos.

Me dije que era el momento de largarme de allí. Pero estaba visto que no había acabado todo.

Por encima de mi sonó el trueno de una poderosa hélice batiendo las aguas. Levanté la vista y pude ver mi canoa, abarloada al costado de otra, de la cual había partido sin duda el ataque. Un poco más lejos advertí la sombra de una tercera, mucho mayor que las otras dos.

A través del espesor de la capa líquida, llegaron a mis oídos unos raros chasquidos, cuyo origen no pude identificar, por el momento. Pero casi enseguida oí un chapoteo y luego otro y luego otro.

Tres cuerpos humanos empezaron a descender lentamente, oscilando de modo macabro en las profundidades. Dejaban tras sí una estela de líquido oscuro, cuyo siniestro significado supe captar casi al momento.

Nadando suavemente, me acerqué a uno de los cuerpos. A pesar de los dos horrendos orificios que tenía en el rostro, de los cuales salía la sangre como un líquido de indefinible tono, pude reconocer

a «Serpiente» Banks. No me molesté en identificar a los otros dos, sino que me dispuse a remontarme a la superficie.

Por encima de mi sonaron más chasquidos. Ahora, a diez metros, mientras hacía un alto para descomprimir, pude darme cuenta de que alguien estaba desfondando la canoa de mis atacantes. Fuera quien fuera, y estaba seguro de que había sido Marley, no querían dejar pruebas detrás de ellos.

Al fin, la canoa empezó a hundirse, destrozados sus fondos a hachazos. Para entonces ya estaba seguro de poder emerger sin peligro y lo hice.

Apenas asomé la cabeza, agité el brazo para evitar una posible descarga. Escupí la boquilla y lancé un grito.

—¡Eh! ¡Que soy yo!

Me contestó un histérico alarido de Honey.

—¡Joe, Joe!

El motor de la canoa grande roncó cuando su piloto la enfiló hacia mí. Dos pares de brazos se tendieron, izándome a bordo en vilo.

Honey se inclinó sobre mí. Tenía el rostro lacrimoso, pero sonreía.

—¡Estás vivo, Joe! —Fue todo cuanto acertó a decir. Y para mí, en aquellos momentos, era más que suficiente.

Los esbirros de Marley me ayudaron a despojarme del equipo de escafandrista. Alguien me enjugó la sangre que me brotaba por las narices y los oídos.

—¿Está bien, Moran? —dijo Marley con severidad.

—Sí. Pero todavía lo estaré mejor si alguien me da un trago.

—¿«Packet»?

El gigante obedeció, en tanto yo me sentaba en la cubierta, con la espalda apoyada contra la pared de la cabina. Honey seguía arrodillada a mi lado, apoyando sus manos en mi pecho, en tanto que me miraba extática.

Una mano me alargó un vaso lleno de licor. Los dolores disminuyeron un tanto. Entonces fue cuando me di cuenta de que en los desnudos brazos de la muchacha se veían un par de hematomas.

—¿Cómo fue eso, dulzura? —pregunté.

—No… no puedo decirlo todavía, con exactitud —contestó—.

Cuando quise darme cuenta, ya los tenía al lado. Me apuntaron con sus pistolas y me obligaron a pasar a su canoa. Entonces sacaron las bombas de mano… y ¡oh, Dios mío, qué cosa tan horrible! El agua subía en surtidores cada vez que una granada estallaba y ellos reían como locos… Uno me sujetaba y hasta me golpeó, cuando quise huir…

—Ahora ya lo han pagado —dijo Marley, con el ceño todavía fruncido.

Le miré especulativamente, pero no dije nada. Mal individuo para tenerlo como enemigo. Me pregunté cuáles eran, en realidad, los motivos reales que le impulsaban a actuar en aquella forma. ¿Vengar a su esposa… o recuperar el importante mensaje de millón y medio?

—¿Vio algo abajo, Moran?

Sacudí la cabeza.

No. Tendría que haber seguido explorando… pero después de lo sucedido, comprenderá que no tenga hoy ya muchas ganas de seguir actuando.

Marley hizo un gesto de asentimiento.

—Me parece muy bien. Yo haría lo mismo en su lugar. De todas formas, Moran, creo que es usted el único que ha sabido moverse con cierta lógica. No creo que los otros, después de la lección que les hemos dado, se atrevan a insistir. Rosebuch se guardará muy bien de enviar a más secuaces suyos para buscar algo que es exclusivamente mío. Luego se lo haré saber.

—¿No… no estaba él entre los que… los que…?

Marley sacudió la cabeza.

—No, y ésa es la lástima De todas formas, le he arrancado los colmillos y no creo que se atreva a volver a insistir.

Terminé el licor. Las fuerzas me volvían lentamente, aunque del interior de la cabeza no se me iba aquel trueno sordo causado por las explosiones. Y los costados me molestaban todavía bastante.

—Bueno —dijo Marley—, regresemos al casino. ¿Cuándo cree usted que podrá volver a sumergirse nuevamente?

—Déjeme descansar un par de días. Ahora estoy que no podría meter la cabeza bajo la ducha.

Marley rió sonoramente.

—Moran, es usted único. Esos policías fueron bien estúpidos al

echarle del departamento.

—Y usted muy listo al buscarme, ¿eh?

—¿Por qué se cree que estoy donde estoy?

—No me lo diga, salta a la vista.

Honey prendió fuego a un cigarrillo y me lo dio. Aspiré humo lentamente. Nos miramos largamente y con la vista le dije muchas cosas que entonces debía mantener calladas. Había demasiados testigos delante y yo quería sostener con ella una conversación a solas.

La motora emprendió la vuelta al casino, llevando a la otra a remolque. El sol brillaba con fuerza y el lago era un espejo líquido, que desmentía con su apacible aspecto el hecho de que tan sólo unos minutos antes, varios hombres hubieran perdido la vida, yaciendo ahora bajo sus aguas.

Cuando llegamos al casino, tuvieron que ayudarme a bajar de la canoa. Paso bastante de los ochenta kilos, pero «Packet» cargó conmigo en brazos como si fuera un chiquillo.

Me subieron a las habitaciones particulares del jefe, adonde me llevaron las ropas. Me vestí, después de lo cual pasé a la salita, en donde ya me aguardaba una suculenta comida.

—Llene el estómago —dijo Marley, muy complaciente.

—Cuánto le agradezco su interés por mi salud —dije irónicamente, atacando las viandas. Honey en persona me servía y juro que nunca he comido más a gusto.

Al terminar, manifesté mis deseos de volver a mi casa. Marley quería que me quedase allí, pero mis planes eran muy otros.

—Haré que le lleve Bugley.

—No; se vería demasiado la cosa. Estos días me han visto con Honey; ¿por qué no seguir con la ficción?

—No es mala idea —aprobó Marley.

CAPÍTULO IX

Para mí no era ficción alguna. Deseaba ir con Honey, tanto por tenerla a mi lado, como por intercambiar con ella unas cuantas palabritas.

Fue ella la primera que habló, apenas hubimos vuelto la espalda al edificio. Tenía los ojos fijos en la carretera y las manos fuertemente asidas al volante, pero sus labios temblaban.

—Tengo miedo, Joe.

—A cualquier mujer le sucedería lo mismo en análogas circunstancias, Honey. Tienes que marcharte.

—Lo sé, pero no sin antes…

—Escúchame. No es preciso que andemos con rodeos. Tú me quieres y yo te quiero. He tenido muchas aventuras en mi vida de soltero, pero nunca he topado con la mujer. Así, sencillamente: *la mujer*. Y esa eres tú, Honey. Por lo tanto, te vas a separar de Marley cuanto antes, olvidándote de esa estúpida idea de vengar a tu hermana.

—Pero…

—¿Qué hubieras hecho tú, dulzura? ¿Ir en busca del asesino? El que apretó el gatillo está ya bajo las aguas del lago. Lo que interesa ahora es hallar al cerebro que dio la orden de matar a Maudie. Pero eso no es cuenta tuya, Honey. Y si no hubiera sido por ti, hubiera dicho desde el primer día que tampoco mía. Sin embargo, ya estoy metido en el asunto hasta el cuello y seguiré hasta desenredarlo. Pero tú dejarás a Marley, ¿me entiendes? ¿Qué clase de tipo te crees qué es? Yo no lo he presenciado, pero tú sí; y me figuro que el ver ametrallar a aquellos tipos no ha tenido nada de agradable.

Sus manos se crisparon sobre el volante. Bruscamente, lo desvió a la derecha y arrimó el coche a la cuneta. Tiró del freno de mano.

Luego se me colgó al cuello, llorando a lágrima viva, como una Magdalena. Hipó durante largo rato, sin que yo la dijera nada,

dejando que se desahogase. Era lo que más le convenía en aquellos momentos.

Cuando vi que estaba serenándose, saqué el pañuelo del bolsillo de pecho y se lo alargué. Se secó las lágrimas y luego se sonó con fuerza. Me sonrió.

—Dispénsame, Joe, pero no he podido contenerme.

Rodeé sus hombros con mi brazo, atrayéndola de nuevo hacia mí. Ella juntó su mejilla con la mía.

—No ha tenido importancia. Quizá ahora te sientas mejor, ¿no es así?

Asintió con el gesto. Continué:

—Dejarás a Marley, dulzura. Esa compañía es la que menos te conviene en los actuales momentos.

—Pero ahora no puedo, Joe. Sería… no sé, él acaso se disgustaría. No es que le tenga miedo, pero…

—Las mujeres sois el mismísimo demonio. No sé cómo diablos se te ocurrió abandonar Nueva York para venir a este maldito pueblo. Aunque, en lo que a mí se refiere, bendigo la hora en que lo hiciste, dulzura.

—Es que… Maudie y yo nos queríamos mucho, a pesar de que hacía bastantes años que estábamos separadas. No sabía que estaba casada con Marley, y comprendía perfectamente las razones que tenían ambos para mantener oculto tal matrimonio. Sin embargo, yo nunca me pude figurar…

—Puedes comprender perfectamente qué clase de tipo es Marley cuando hace ametrallar despiadadamente a tres hombres.

—Lo hizo por ti, Joe.

Moví la cabeza.

—No. Lo hizo por ese millón y medio que hay bajo las aguas. Mi vida le importa un comino y estoy por decir que ahora me encuentro en relativa seguridad sólo porque no he hallado lo que él desea con tanto frenesí. Después…

—¡Joe! ¿Quieres decir que… que sería capaz de matarte después de haber hallado eso?

—¿No viste lo que hizo? —dije con voz dura—. ¿Quién te creías, pues, que era Marley?

Honey guardó unos instantes de silencio. Después, dijo:

—Vine aquí equivocada, Joe. Aunque, como tú, me felicito de

haberte hallado. Creí que los asuntos de Herbert serían perfectamente legales. Bueno, una sabe lo que pasa en estos sitios. La casa nunca pierde, pero eso sucede en todos los locales donde se juega. Por lo demás, creí que el resto era decente.

—Pues ya has visto que no lo es, dulzura. Si lo hubiera sido, no se habría producido ni una sola muerte. Y desde que Marley me echó el ojo encima, han ocurrido unas cuantas.

Honey se estremeció.

—Me iré en cuanto tú me lo digas, cariño.

—No tardarás mucho más de cuarenta y ocho horas. Éste es el plazo que me he fijado a mí mismo para resolver el asunto.

—¿Qué harás después, Joe? Yo… bueno, no quisiera ofenderte, pero tengo unos ahorrillos y…

Cogí su mano y la toqué con mis labios.

—Eres una mujer magnífica, dulzura. Pero ¿sabes? me parece abandonaré Bedar County. Me he roto la cabeza por la ciudad, y ya ves cómo me pagaron. Cuando me arrojaron de la Policía, puse un telegrama a un antiguo amigo mío, solicitando un empleo que ya tuve en tiempos. Y puedo asegurarte que es perfectamente honrado, legal y decoroso. No nos haremos ricos, pero nunca nos faltará nada y siempre seremos bien considerados por nuestros convecinos.

—¡Oh, Joe, qué feliz me haces! —Y me miró con ojos brillantes.

Bajé la cabeza y la besé.

Luego dije:

—No me has preguntado a dónde iremos, dulzura.

—Tú —me contestó—, no lo sé. Yo, contigo. ¿Te parece bien?

—Es la mejor respuesta que me podías haber dado, cariño. ¿Vamos?

No fue sin trabajo que nos arrancamos a aquel momento de éxtasis. Honey se separó de mí y dio el contacto.

Me dejó en la puerta de casa.

—Voy a estar —dije—, dos días enteros en cama. Será un tormento para mí, porque no podré verte, pero descansaré, que bien lo estoy necesitando.

—Coloca el teléfono a la cabecera de tu cama, Joe. Voy a tenerlo ocupado veinticinco horas de cada veinticuatro.

Tal como lo había dicho, en cuanto llegué a casa, me desnudé, me puse un pijama y me tendí en el lecho. Tomé un libro, pero me

fue imposible concentrarme en la lectura. Mis pensamientos estaban demasiado abstraídos por el problema que tenía planteado y que, hasta el momento, me había sentido incapaz de resolver.

Fumé varios cigarrillos, considerando de continuo varias hipótesis. Cada vez que formulaba una, la desechaba al instante por irrealizable y demasiado fantástica.

Una y otra vez, recorrí con la mente todos los sucesos de que había sido protagonista. La cabeza me empezó a doler, de tal forma que, a última hora, tuve que levantarme e ir al baño para tomarme una aspirina.

Lo hice y sólo fue hasta tener el tubo del analgésico en la mano que su contacto me hizo estremecer como sacudido por una descarga eléctrica. En un instante lo vi todo claro. Naturalmente, ¿cómo había podido ser tan estúpido que no había sabido verlo en el momento adecuado?

Me olvidé de la aspirina y me olvidé del dolor de cabeza. Volví a la cama y prendí fuego a un nuevo cigarrillo. Creo que, de no haberme sentido más que cansado, falto de fuerzas, me hubiera levantado y echado a correr para ponerme de nuevo la escafandra. Pero estaba seguro de que no podía hacer una nueva inmersión antes de dos días, de veinticuatro horas como mínimo, si la cosa urgía y, tal y como estaba planteado el asunto, bien podía esperar aquel pequeño lapso de tiempo.

El tubo de la aspirina me hizo recordar otro en el cual yo había estado refugiado aquel día para huir de la onda explosiva de las granadas: el tubo de la chimenea. Recordé que, al guarecerme en él, había levantado la vista, sin conseguir vislumbrar nada a su través. ¿Era esto lógico?

No. En primer lugar, porque era una chimenea antigua, construida por lo menos cien años antes y que, por lo mismo carece de los recovecos con que están construidas las actuales para evitar una demasiada disipación del calor. El tubo era bastante ancho, lo suficiente para haberme permitido el paso, de no haber sido por los depósitos de aire comprimido.

Y yo había mirado hacia arriba y no había visto nada.

¿Nada?

En absoluto. En la posición en que estaba, forzosamente tenía que haber visto un pequeño cuadrado de luz verdosa, el de la boca

de la chimenea, con la misma intensidad de luz que se veía la superficie desde cualquier otro punto de aquella parte del fondo del lago. Pero sólo había notado una total oscuridad al mirar hacia arriba.

¿Era esto lógico?

No, porque ni aun hallándose la chimenea al aire libre, el hollín se hubiera acumulado en cantidad suficiente como para cegar la boca de la chimenea. Y aunque así hubiera sucedido, veintitantos años de inmersión bajo las aguas, era un tiempo más que suficiente para limpiar toda clase de obstáculos que hubieran podido taponar aquella boca. Por lo tanto, aquella oscuridad sólo podía ser producida por una cosa.

El mensaje encerrado en una cartera de mano o en una maleta. La hermana de Honey la había arrojado al agua al verse acosada y la cartera o la maleta, habían caído, zigzagueando en el interior del líquido, hasta introducirse por la boca de la chimenea, en donde se atascó, ocultándome la visión, desde abajo. Así tenía que haber sido; no cabía ninguna otra explicación.

Bueno, pues ya había resuelto uno de los dos principales puntos del caso. El segundo era hallar al asesino de Maudie y tenía confianza en que éste, en aquellas cuarenta y ocho horas, daría algún paso en falso que le pusiera al alcance de mis manos. Y entonces… le haría pagar caros los moretones que había visto en los brazos de Honey.

Pensando en ella y satisfechísimo por mi descubrimiento, me dormí como un bendito.

Por la mañana, apenas me hube despertado y efectuado el aseo correspondiente, me preparé un suculento desayuno con lo que tenía guardado en la nevera, más unas cuantas tazas de café, que me dejaron como nuevo. Tomé luego los periódicos que había encargado por teléfono y me tendí en la cama, con un cigarrillo entre los labios, dispuesto a enterarme de lo que sucedía por el mundo y esperar así la llamada de Honey.

Ésta tardó en producirse más de lo que había calculado. Pero al fin pude escuchar su voz.

—¿Joe?

—El mismo, dulzura —contesté alegremente—. Oye, tengo cosas nuevas que decirte.

—¿De veras? ¡Qué interesante! Lo mismo me sucede a mí. ¿Por qué no vienes a buscarme? Hace una mañana espléndida y sería una lástima desperdiciar un sol tan estupendo.

El descanso me había sentado tan bien, que me sentía capaz de levantar el mundo sobre los hombros.

—Dame quince minutos, quince tan solo, y estaré contigo donde tú digas, dulzura.

—Muy bien, Joe. Te espero al final de la Avenida Crow Royal. ¿Te parece bien?

—Magnífico, Honey. Ahora mismo empiezo a vestirme.

Oyendo su voz, ya había olvidado todos mis anteriores padecimientos. Tiré los periódicos a un lado y salté de la cama.

Me vestí en un tiempo «récord». Eché un paquete de cigarrillos al bolsillo de la chaqueta y luego revisé el arma. Quería que el paseo que íbamos a dar fuera sólo de placer, pero no tenía ningún deseo de que una emergencia imprevista me cogiese con las manos desnudas.

Silbando una alegre marcha me encaminé al ascensor. En la calle tomé un taxi y le di la dirección señalada por la muchacha, que era precisamente el lugar donde la zona urbana concluía y la carretera se bifurcaba en dos ramas: una que iba hacia la izquierda, para cruzar por encima del dique y la otra que seguía bordeando la orilla Este del lago.

Al llegar al punto designado para la cita, me apeé del taxi y pagué la carrera. Esperé en pie, bajo el sol, que ya picaba demasiado, aguardando la camioneta rural que últimamente había utilizado la muchacha.

Honey no vino en la furgoneta, sino en un largo sedán, de color negro. Sólo la veía a ella, de modo que no me preocupé de otra cosa que abrir la portezuela y sentarme a su lado y hasta que no lo hube hecho, no supe advertir la preocupada expresión de su lindo rostro.

—¿Qué te sucede? —empecé a preguntar, pero apenas lo había hecho cuando algo muy frío y muy duro me tocó la piel de la nuca.

—Moran —dijo una voz de siniestro acento—, no intente nada, no trate de hacemos una jugarreta o, de lo contrario, usted y la chica se convertirán aquí mismo en dos fiambres.

Crispé las manos, apoyándolas sobre el redondeado borde del tablero de instrumentos. Por el rabillo del ojo pude advertir la

intensa palidez que blanqueaba el rostro de Honey.

Ella parecía a punto de reventar en llanto.

—Lo… lo siento, Joe, pero me obligaron y…

Toqué su mano derecha. Estaba helada.

—No te preocupes, dulzura. Tú no…

—¡Las manos quietas! —rugió la misma voz—. No se mueva o le lanzo los sesos por el parabrisas.

—Está bien, está bien. Hermano, vaya unos modales. ¿No se da cuenta de que hay una dama delante?

El cañón de la pistola me golpeó repentinamente en el cráneo. No fue un golpe fuerte, pero sí lo suficiente para poner delante de mis ojos un millar de estrellas de todos los colores.

—¡A cerrar la boca, piojoso! Usted, guapa, maneje como le hemos dicho y así tendrá una posibilidad de vivir, ¿estamos?

El labio inferior de Honey temblaba. Se lo mordió para no gritar.

Y yo también temblaba, pero aquella pistola que se clavaba en mi nuca me impedía hacer ningún movimiento.

Un ruido de ropas se produjo a espaldas nuestras, lo cual me dijo que había otro hombre más en el asiento posterior. Levanté la vista hacia el espejo retrovisor, pero aquellos bastardos lo habían quitado.

—Ella tiene también una pistola apoyada en su cabeza —dijo otra voz, saliendo a través de lo que me pareció un antifaz.

—¿Qué van a hacer con nosotros? —pregunté.

—Ya lo verán. Ahora cierre el pico y no vuelva a hablar hasta que se lo ordenemos. Usted, señorita, pise el acelerador.

Honey embragó y el coche arrancó. Lo hizo por la carretera Este, de modo que el dique quedó a nuestra izquierda y muy pronto lo perdimos de vista.

Durante largo rato, rodamos en absoluto silencio. Las dos pistolas seguían encañonándonos, impidiéndonos cualquier reacción. Honey manejaba a una velocidad moderada, unas cuarenta millas a la hora. Era evidente que aquellos fulanos la habían aleccionado bien antes de atraparme.

Rebasamos la ciénaga en donde había estado a punto de perder la vida. Empecé a preguntarme a dónde queman llevamos nuestros raptores. Cinco millas más allá se acababa el pantano.

Pero ya no rodamos mucho más lejos. A los pocos momentos,

Honey viró hacia la izquierda, metiéndose por un camino cuyas rodadas estaban casi borradas por la vegetación. Siguió manejando hasta llegar a la orilla del embalse, en donde, a través de una pequeña alameda, pude divisar un embarcadero al cual había atracada una canoa.

Honey detuvo el coche. Oí abrirse una portezuela a mis espaldas. Uno de los forajidos se apeó.

—Bájense —dijo—. Las manos en alto y no intenten nada o les acribillamos.

Obedecimos. Cuando estuvimos fuera, examiné a mi sabor a nuestros guardianes.

Uno de ellos, por supuesto, era Rosebuch, el dueño del «Frisco». Un tipo repelente, cuya esférica barriga sugería inmediatamente la idea de bailar un zapateado sobre ella. Pero tales ideas se le borran a uno cuando una automática del 45 le mira al centro de los ojos.

El otro era más delgado y vestía de modo innocuo, como miles de ciudadanos. Me resultó imposible reconocerle, porque llevaba el rostro enteramente cubierto, con una capucha negra, como las que le ponen a los condenados a la horca, con la salvedad de que tenía practicados sendos agujeritos en los lugares destinados a los ojos. También tenía otra pistola en la mano.

Me pregunté cómo podían haber pasado inadvertidos al cruzamos con otros coches en la carretera y tuve la respuesta al mirar hacia el coche, cuyas cortinillas posteriores estaban bajadas. Lo habían hecho, seguramente, apenas salimos de la ciudad, para no delatarse.

Rosebuch movió su pistola.

—A la canoa, vamos.

—¿Qué es lo que piensa hacer? ¿Lanzamos al agua con un peso en los pies?

—Usted es un hábil escafandrista, Moran, y pienso utilizar tales cualidades en mi provecho. Caminen, por favor.

Tomé el brazo de Honey y echamos a andar. Ni siquiera me cabía el recurso de intentar un gesto desesperado, porque ya hacía rato que me habían desarmado. Además, teniéndola a ella a mi lado, no quería arriesgar su vida. Yo solo, tal vez lo hubiera hecho, pero con Honey…

Saltamos a la canoa. El enmascarado se dirigió al puesto del

piloto, en tanto que Rosebuch se quedaba en la puerta de la pequeña cabina.

Movió la pistola.

—Levante esas mantas, Moran —dijo.

Obedecí. Había allí los adminículos necesarios para poder sumergirme en el agua. Entonces comprendí lo que querían de mi aquellos forajidos.

Estuve tentado de arrojarle el equipo tribotella, pero la mirada de Rosebuch era tan firme como la mano que sostenía la pistola y supe que antes de mover un dedo en sentido indebido, me llenaría de plomo. Así, pues, no me quedó otro remedio que obedecer.

Los tipos habían sido tan considerados que incluso me habían puesto un *slip* de baño.

—Váyase equipando, Moran —dijo Rosebuch.

—¿Delante de la dama?

El individuo se encogió de hombros.

—Que se vuelva de espaldas —dijo, y Honey, después de dedicarme una aprensiva sonrisa, hizo lo que le decían.

Empecé a desnudarme, y en pocos momentos estuve equipado. Al terminar, me senté en uno de los divanes de la pequeña camareta.

Honey vino a mi lado. Tomé sus manos entre las mías y las noté completamente frías.

Rosebuch dijo:

—Puede comprender para qué hemos requerido su presencia, Moran. Y también la de la señorita Connolly.

—Entiendo. Mi obediencia garantiza su toda.

—Justamente, Moran. Celebro su comprensión. Usted se sumergirá y traerá a la superficie él… paquetito que Maudie Connolly arrojó al agua.

Traté de buscar una escapatoria.

—Puede que no lo encuentre —dije—. Ayer ya estuve buceando y no vi nada.

—Peor para su chica. Moran —dijo el otro fríamente—. Lo encontrará. Hoy. Sin falta. Ya no le daremos otra oportunidad.

—¿Qué sucederá cuando lo haya hallado?

—Les pondremos en libertad.

—¡Ja! ¿Cree que soy tan tonto como para eso? Una vez tengan el

paquete en las manos, nos acribillarán a balazos y nos arrojarán al fondo del lago. Hace ya años que pasé de la edad de la lactancia.

—Tienen mi palabra, Moran —dijo Rosebuch obstinadamente—. Además, no le queda otro remedio que hacerlo.

—¿Cómo quiere que me fíe de usted? Tiene que pensar que, en cuanto nos haya soltado, iremos con el cuento a la policía. ¿O no se le ha ocurrido esa posibilidad?

—Por supuesto que sí. Pero él… mi compañero y yo no somos tontos y tenemos previstas todas las contingencias. Le digo que les soltaremos… claro que dejándolos inutilizados temporalmente, a fin de poder ganar el espacio suficiente para no ser atrapados.

Hice una mueca con la cual quería expresar mis dudas.

—Me fío tan poco de la palabra de un bastardo forajido como de la bondad de las sopas artificiales.

—No tiene otro remedio que fiarse, Moran. La seguridad de lo que les va a suceder ahora, si no accede, contra la posibilidad de continuar viviendo si hace lo que le digo.

Levanté los hombros.

—Estamos en sus manos. Procuren no caer en las nuestras. Le aseguro que nada me complacería más que verle el color de sus tripas. Y lo haré, por poco que pueda.

—No, teniendo al lado a la chica, Moran. Usted no es tonto y harto sabe lo que le conviene.

—A veces llego a dudarlo —murmuré.

CAPÍTULO X

—¡Al agua! —me dijo venenosamente Rosebuch. El otro continuaba arriba, manteniendo la canoa al pairo.

Apreté la mano de Honey. Ella me devolvió la mirada con una débil sonrisa.

Habían sido listos. Para no hacerse demasiado conspicuos, habíamos dado casi la vuelta entera al lago, en vez de salir directamente de la zona de embarcaderos, de tal modo que luego habíamos bajado descendiendo por la ribera Oeste, de un modo tranquilo y pacífico que no podía levantar grandes sospechas.

Rosebuch me enseñó el cabo de una cuerda que tenía en la mano. El otro estaba ceñido a mi cuerpo.

—Esto es para saber en todo momento por dónde anda usted, Moran. Y recuerde que mientras está sumergido, la chica se queda con nosotros. Ahora —y me alargó el extremo de otra cuerda—, tome; para que ate el paquete y lo pueda izar con comodidad. Seguramente pesará bastante.

Asentí. Estaba en la borda de babor, de tal modo que resultaba imposible que me vieran desde la carretera, situada a una docena de metros escasos del lugar donde nos habíamos detenido.

No perdí tiempo. Me zambullí, inmediatamente comencé a ganar profundidad. Mientras lo hacía, traté de buscar alguna idea que sirviera para sacarnos del atolladero en que estábamos.

Pronto llegué a la cabaña. Y, tal como lo había supuesto, allí estaba el famoso paquete, encajado entre las paredes de la chimenea.

Lo saqué. Aunque en el agua podía manejarlo muy bien, se advertía claramente que pesaba bastante. Era una caja plana, de metal oscuro mate, de modo que no emitía ningún brillo, de unos quince o veinte centímetros de espesor, por cincuenta de ancho y setenta de largo. Tenía un asa, alrededor de la cual até el otro cabo,

advirtiendo que, fuera lo que fuera, debía mantenerse en perfecto estado, puesto que el cierre de la caja era hermético.

La dejé apoyada sobre la boca de la chimenea, de tal modo que pudiera tirar de ella perfectamente una vez estuviera en la superficie. Antes de remontarme, sin embargo, hice una pequeña operación, después de lo cual emprendí el ascenso.

Ahora ya sabía lo que tenía qué hacer. A fin de reservar todas mis fuerzas, hice dos o tres paradas, con el fin de descomprimir lo mejor posible. La silueta de la canoa balanceándose suavemente sobre mí, empezó a agrandarse paulatinamente.

Emergí a la superficie. Con la mano izquierda me despojé de la máscara, en tanto escupía la boquilla. Luego me así de la borda, dejando la mano derecha pendiente a lo largo de mi costado.

Honey me miró con ansia no menor que la de Rosebuch. El enmascarado seguía al lado del timón, sujetando la rueda con una mano, en tanto que con la otra sostenía firmemente una pistola.

—¿Lo halló, Moran?

—Sí. Lo he encontrado.

—¿Por qué no lo ha subido? ¿A qué espera? —graznó el gordo.

Se le veía nervioso e impaciente, con unas terribles ganas de salir de allí cuanto antes.

—Antes tenemos que hablar, Rosebuch.

—¿Hablar? ¿De qué, condenado fisgón? —rugió.

Levanté la mano derecha, en la cual sostenía una gruesa piedra. La segunda cuerda estaba atada a ésta por el otro extremo.

—¿Ve este pedrusco? El otro cabo está sujeto al asa de la maleta que hay abajo. ¿Qué cree que sucedería si yo soltase la cuerda?

Rosebuch soltó una maldición al verse atrapado.

Volví a reír.

—Usted está demasiado gordo para intentar sumergirse. No podría hacerlo. Quizá aquel otro —y señalé con la cabeza al enmascarado—. Pero le he visto ciertas arruguitas en las manos que me indican ha pasado ya de los cincuenta. No es una edad muy apropiada para sumergirse a veinticinco metros sin un entrenamiento a fondo… cosa que ninguno de los dos están en condiciones de hacer.

—¡Maldito! Hable de una vez, Moran. ¿Qué es lo que quiere?

—¿Y me lo pregunta? Nuestras vidas, claro. Nuestras vidas, a

cambio del millón y medio que hay bajo la quilla de esta canoa.

—Les soltaré. Se lo prometo —aulló el panzón.

—No basta prometer, sino hacerlo. No quiero palabras; hechos, hechos.

—¡Infierno! Dígame lo que hemos de hacer, pero pronto.

Sonreí. Le estaba poniendo frenético, que era precisamente lo que yo pretendía, a pesar de que estaba corriendo un gravísimo riesgo.

—Si usted dispara contra mí, me sumergiré inmediatamente. La piedra se irá al fondo, y ¿qué sucederá?

—¡Rosebuch! —gritó el enmascarado—. ¡Termina de una vez!

—¡Eso es lo que estoy tratando de hacer, rayos! ¿Por qué no me das tú una solución?

—Mátalos. Sabemos dónde está el paquete. Ya volveremos por él.

Palidecí. Pero traté de ocultar el pánico que sentía tras una cortina de humo.

—Lo malo es que Marley también lo sabe, más o menos. ¿Qué creen que les pasará cuando vea que hemos desaparecido?

—Está bien, acabemos de una vez. ¿Cuál es su proposición?

—Es preciso establecer un acuerdo que nos garantice nuestra indemnidad, Rosebuch. Yo le entregaré a usted el pedrusco, pero solamente cuando esté seguro de que ya no nos va a pasar nada.

El gordo me miró con ojos de odio y pánico al mismo tiempo.

—Necesitaríamos después tiempo suficiente para largarnos —dijo.

—Eso ya es cuenta suya. Lo que si es cierto —contesté— es que si intentan algo contra la chica o contra mí, soltaré la piedra. Y no se crean que van a poder venir mucho por aquí, estando Marley en la danza.

Miré a Honey y ella me correspondió. Los colores estaban volviendo lentamente a su rostro. Yo seguía en la misma posición; cualquier intentona que efectuasen contra uno de los dos tendría por inmediato resultado el lanzamiento de la piedra al fondo del lago.

—Suba a bordo, Moran —dijo Rosebuch.

—No. Mire, van a hacer lo siguiente. Su compañero, ese personaje de ópera bufa, va a poner en marcha la canoa. Muy

suavemente, para no hacerme ningún daño. Yo me dejaré remolcar en la misma postura en que me encuentro. A doscientos metros de aquí hay una interrupción del muro. Atracaremos allí y entonces efectuaremos el trato definitivo.

—¿Y el paquete?

Me solté un momento, sumergiéndome. Fueron apenas unos segundos, pero cuando volví a emerger, tenía la cuerda rodeada al cuello y el pedrusco pendía sobre mi pecho.

—Ya está. ¿Lo ve? Vamos, dígale al enmascarado que ponga en marcha la canoa. Y no se preocupe por él paquete; irá a remolque.

Rosebuch me arrojó una aviesa mirada. Se mordió los labios, pero acabó ladrando una orden.

El motor de la embarcación roncó. Suavemente, la canoa empezó a moverse, llevándonos a remolque a mí y el paquete. Tensé la cuerda, procurando llevarlo entre dos aguas de modo que no se enredara en alguno de los obstáculos del fondo.

Aquellos doscientos metros fueron una continua agonía, aunque yo trataba de disimularlo. Poco a poco, la canoa fue ganando espacio, hasta llegar al punto deseado.

Entonces me icé a bordo. Todavía llevaba la cuerda en torno al cuello, pero cuando Rosebuch se me acercó, le espanté con la mano.

—No, no, demasiado cerca. Váyase a la otra punta; ante todo seguridad, ¿estamos? ¡Ah! y la chica que se venga conmigo.

Cambió una mirada con el enmascarado y acabó por acceder. Honey vino corriendo hacia el lugar en que me encontraba.

—Ponte detrás de mí, dulzura.

Ella obedeció. Después, con toda parsimonia, procedí a despojarme del equipo de escafandrista, así como del cabo con que me habían estado siguiendo todos mis pasos en tanto había durado la inmersión.

Con el rabillo del ojo les vi enormemente nerviosos.

—¡Dese prisa, maldito! —gritó el enmascarado—. Nos van a ver desde ese balandro.

Volví la vista hacia el punto señalado. Con toda placidez, un balandro, hinchadas las velas, se acercaba, ciñendo el viento con suavidad.

—Escondan las pistolas —reí, y me senté en la borda, en tanto empezaba a tirar de la cuerda para subir el paquete. Mientras lo

hacía, hablé con Honey, moviendo apenas los labios, de modo que sólo ella pudiera escucharme—. Si sucede algo, dulzura, tírate inmediatamente al agua y nada bajo ella todo lo que puedas.

Asintió con breve parpadeo. Deliberadamente, retrasaba la maniobra, buscando el medio de burlarles, cosa que no acababa de ver del todo clara, ya que aún seguían teniendo las pistolas en la mano. La orilla estaba a un paso y bastaba arrojarse al agua para llegar a ella andando, con el agua al pecho.

Empecé a vislumbrar la oscura masa de la maleta. Me devané los sesos. Ya no podía tardar mucho en llegar el fin.

Entonces fue cuando una sombra cayó sobre nosotros. Volví la cabeza. Eran las velas del balandro.

Iba un hombre en el timón, sujetando la escota con una mano, en tanto que fumaba negligentemente.

Bruscamente, tres individuos se pusieron en pie sobre la cubierta del balandro. Los reconocí al instante.

Antes de que nadie hubiera dicho una palabra, ya había actuado. Empujé a Honey.

—¡Al agua! —Y la muchacha, sin vacilar, se zambulló de cabeza.

Rosebuch soltó una maldición. Levantó la pistola.

Pero no pudo utilizarla. Una terrible descarga de pistola ametralladora le alcanzó en mitad del prominente vientre, arrojándole contra uno de los mamparos de la cabina. Su alarido de dolor quedó cortado en seco.

—¡Quietos! —gritó Marley, desde el balandro. Bugley y Glafiro estaban a su lado.

El enmascarado disparó sin vacilar. Bugley se llevó las manos al rostro, aullando como un poseído. Dio un traspié y luego se precipitó de costado en el agua.

Al escuchar la respuesta del enmascarado, Marley y sus acólitos se tiraron al fondo del balandro, disparándole encarnizadamente. El forajido estaba semiagachado, contestando al fuego. Y en cuanto a mí, me había tumbado en la cubierta de la motora, oyendo silbar siniestramente las balas sobre mi cabeza.

La canoa trepidó. El motor emitió un agudo ronquido y la embarcación saltó hacia adelante, de modo tan brusco, que estuve a punto de ser despedido al agua. Y esto era lo que menos quería en aquellos instantes.

Ya no me preocupaba de la caja. Al remolcarla hasta aquel lugar, aunque la había soltado, había quedado en un fondo de dos metros como máximo. Sería fácil, pues, hallarla más tarde.

Agachado en el puente, el enmascarado dio el máximo impulso al motor, haciendo que la lancha pasase rozando el costado del balandro. Éste se balanceó fuertemente, enviando la segunda descarga a lo alto, al estorbarles la puntería a los *gangsters*.

La motora volvió la popa a la tierra. Esto me permitió ver dos o tres coches policiales que se detenían en aquel momento en la carretera. El suelo se pobló de azules uniformes, entremezclados con algunos trajes civiles. Las armas de fuego chisporrotearon en dirección al balandro.

Mientras tanto, el enmascarado y yo nos alejábamos de la orilla a una velocidad superior a los treinta y cinco nudos, dejando detrás de nosotros una blanquísima estela. Al instante comprendí que las intenciones del individuo no eran otras que las de huir de allí, al precio que fuese.

Pude ver a Marley y sus otros dos acólitos ponerse en pie en la cubierta del pequeño yate, levantando las manos. Después, empecé a preocuparme de mí mismo.

La cabina me ocultaba del forajido. Me arrastré, dando la vuelta, con el fin de sorprenderle. Él estaba armado y yo no. La cosa estaba bastante peliaguda para mí.

Pasé por el lado del cadáver de Rosebuch, poniéndome perdido con su sangre. Asomé la cabeza y en aquel momento, el agudo chillido de una bala impactó contra un saliente metálico y me hizo retroceder a toda prisa.

Lancé una maldición. El tipo me había visto. Confiaba en que me hubiera olvidado o se le hubiera ocurrido pensar que yo también me había lanzado al agua, pero no había sido así. Me mordí los labios, tratando de pensar en lo que podía hacer.

Era evidente que durante un pequeño tiempo, al menos, no corría peligro. El asesino estaba muy ocupado manejando la motora y hasta que no llegásemos al punto de partida no se ocuparía de mí. Pero cuando lo hiciera…

A lo lejos vi una canoa que venía en persecución nuestra. Dudé de que pudiese llegar a alcanzarnos. La ventaja que les llevábamos era demasiado grande como para sentir algún optimismo.

Lancé un grito para llamar la atención del forajido. Su respuesta fue un nuevo disparo que levantó astillas junto a mi mano.

Medité unos instantes. Tenía que hacer algo, esto era evidente, pero ¿qué… y cómo?

Súbitamente, un fuerte e inesperado bandazo de la canoa me dio la solución. La inerte mano de Rosebuch se desprendió de su atravesado vientre y me golpeó el rostro.

Enderecé el cadáver, sentándolo contra la cabina. Al instante sentí el estremecedor ruido de una bala al quebrar los huesos del cráneo. El enmascarado no quería correr riesgos.

Poco a poco, con infinitos esfuerzos, fui arrastrando el cadáver, protegiéndome tras él como si fuera una trinchera movible, hasta llegar al pie de la escala de acceso al puesto de pilotaje. El inerte cuerpo de Rosebuch volvió a estremecerse cuando recibió otro par de balazos.

Ya no podía seguir más adelante. Era preciso actuar o dejarse matar cinco minutos más tarde como un cerdo.

Llené mis pulmones de aire, preparándome para el salto final. Así con mano nerviosa el pasamano y, de pronto, me proyecté hacia arriba.

El enmascarado quedó tan sorprendido por mi presencia, que durante un segundo no supo reaccionar. Pero en el instante siguiente, cuando me echaba encima de él, apretó el gatillo.

La bala me alcanzó en el hombro, haciéndome voltear sobre mí mismo. Caí de espaldas, rodé y sólo fue merced a un prodigioso esfuerzo de voluntad que pude asirme con la mano útil al pasamano para no ser arrojado al agua. La canoa zigzagueó un instante, pero enseguida recobró el rumbo.

Mi plan había fallado. Ya no me quedaba otro recurso que esperar el golpe de gracia. La pistola del forajido me miró con su único ojo, negro, siniestro, estremecedor.

De pronto, el arma se desprendió de las manos de mi enemigo. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué la soltaba?

Algo silbó sobre mi cabeza. El enmascarado tosió y se arrodilló. Más tarde me llegaron los estampidos de una descarga de ametralladora.

El motor de la canoa bajó su ritmo y, falto de una mano que la guiara, empezó a girar en círculos, balanceándose suavemente sobre

las aguas.

Mire hacia el enmascarado. Se moría a chorros. Su pecho estaba cubierto de sangre.

Arrastrándome sobre las rodillas, me acerqué a él.

—Alcalde —le dije.

Sus ojos me miraron, ya vidriados. Tuvo un último estremecimiento de sorpresa.

—¿Có… cómo lo supo? —jadeó.

—Debí haberme dado cuenta antes. Fue cuando sus esbirros me llevaron a La Ciénaga. A la vuelta usted me recogió. Venía de pescar, ¿recuerda? Pero no pescó nada, por la sencilla razón de que aquella hora no era la más indicada. Siendo día de labor, usted lo hacía siempre muy de mañana, nunca por la tarde. Pasó por allí con la intención de ver si sus órdenes se habían cumplido.

Asintió pesadamente. Apenas si le quedaban unos segundos de vida.

—¿Quién les avisó de que Maudie Connolly venía de Miami con las drogas?

Citó un par de nombres que archivé en mi memoria.

También responderían, en su día, de toda aquella serie de desafueros.

—Les avisaron y ustedes decidieron interceptarla, ¿no es así?

Volvió a asentir. Un hilo rojo se deslizó por debajo de su máscara.

El ruido de la motora policial se acentuó. Empecé a ver cosas raras. La pérdida de sangre ponía debilidad en mi cerebro.

Súbitamente, un horrendo gorgoteo brotó de los labios del moribundo. Un torrente de sangre empapó la parte baja de la máscara, corriendo luego por el cuello abajo. Tonicci dobló la cabeza a un lado y murió.

Un seco choque sacudió la motora. Fuertes pisadas hicieron estremecer la tablazón de la cubierta.

Unos brazos me izaron en vilo.

—¿Estás bien, Joe? —pregunté el sargento Vallez y dije que sí con la cabeza, pero involuntariamente, pues la doblé sobre mi pecho al perder el conocimiento.

La habitación del hospital estaba atestada de gente. Los *flashes* relampagueaban sin cesar.

—Moran, el *Mirror* quiere la exclusiva de su relato —gritó Saunders.

—¡Mire hacia aquí! —berreó Stormovic, de la TV, enfocándome con su cámara.

—¡Quieto un segundo! ¡Ésta es para el *Clarion*! —gritó otro fotógrafo.

—El Departamento Federal de Narcóticos le va a proponer para una recompensa, Moran —dijo Barnes, del *Post*—. Ha desarticulado usted la banda más poderosa de todos los tiempos.

—¡Basta, basta! —gritó una enfermera, clamando en aquel mare mágnum de voces.

Dos hombres se abrieron paso a viva fuerza entre los periodistas y *cameramen*. Escoltaban a una mujer.

Las lámparas volvieron a chisporrotear, cuando Honey se sentó a mi lado, en el borde del lecho. Rodeé su talle con el brazo sano.

—Sonría, señorita Connolly —gritó un fotógrafo.

—Miren hacia aquí —pidió otro.

—¿Cuándo se casan? —inquirió Saunders.

—¡Por favor, señores! —exclamó el Comisionado Hankins—. Hagan el favor de callar un momento. Lo que tengo que decirle al sargento es algo importante.

—¿Le readmiten en la Policía? —interrogó Barnes.

El fiscal Sparrock se metió una mano en el interior de la chaqueta, con ademán napoleónico. La voz le salió engolada.

—En realidad —dijo—, el sargento no ha estado nunca fuera de la Policía. Tuvimos que simularlo, para, de esta forma, hacer que se confiasen los asesinos. Habíamos recibido confidencias desde Miami que un valioso contrabando de drogas, por valor de millón y medio de dólares…

Siguió hablando. Pero yo no le oía. Lo único que sabía hacer en aquellos momentos era mirar a Honey. Y Honey me miraba a mí.

—Bien —dijo el Comisionado—. Ahora, vamos a restituir al sargento lo que por propio derecho le pertenece. Moran, aquí tiene usted su placa.

Mientras estallaban los *flashes* sin interrupción, Hankins prendió la placa policial de la chaqueta de mi pijama.

Pero no estuvo allí mucho tiempo.

La tomé con dos dedos y la sostuve unos instantes en el aire.

—No la quiero —dije, causando sensación—. No la quiero, porque estoy harto de lavar los trapos sucios del Departamento.

Miré a los periodistas, que estaban estupefactos.

—Todo fue una pamema, en efecto, pero si la cosa no hubiera salido bien, la expulsión se habría mantenido. Comisionado, guárdese la placa. Yo no soy un pistolero policial, pese a que en algunas ocasiones me haya visto obligado a…; bien, ¿para qué seguir?

—¡Moran! —rugió Hankins.

Miré a Honey.

—Dulzura, tengo algo bajo la almohada. ¿Quieres sacarlo?

—Claro que sí, querido —accedió ella.

—¡Le ascenderemos a teniente! —aulló Sparrock, el fiscal—. Usted no puede irse ahora, dejándonos empantanados. Es el mejor elemento de todo el Departamento de Policía y…

—Tengo un empleo mejor —dije—. Donde nadie me mirará como un pistolero.

Honey me dio un papelito amarillo, con el marbete de la *Western Union*. Levanté en alto el telegrama, para que todo el mundo pudiera verlo.

—Miren bien. Aquí está la oferta de mi nuevo empleo. Dulzura, ¿no recuerdas que te lo había anunciado?

Todavía no lo sabía la muchacha. Lo leyó atentamente.

—¡Léalo en voz alta, señorita Connolly! —pidió Saunders.

—¡Cómo no! —exclamó ella, sintiendo una vivísima satisfacción —. Con mucho gusto. Escuchen:

> CORONEL JEFE 4.º REGIMIENTO MARINES BASE NAVAL SAN DIEGO, CALIFORNIA, A SARGENTO MAYOR JOSEPH MORAN. ACEPTADA SU SOLICITUD REINGRESO. PRESÉNTESE DÍA VEINTICINCO NUEVE MAÑANA. SALUDOS AFECTUOSOS GALLAGHER. FIN DEL MENSAJE.

—¡Éste es mi nuevo empleo! —grité, después de lo cual, atraje hacia mí a Honey, pues quería sentir en mis labios la frescura de los suyos.

FIN

FIRMAS QUE REPRESENTAN A

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

EN LOS PAISES QUE SE CITAN

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L. Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carrera 6.ª núm. 13-78 - BOGOTA.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Apartado 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57 LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - CIUDAD TRUJILLO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar,, 543 y Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717 y Bocayá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-43 GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Istaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17 MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este, número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUNCION.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

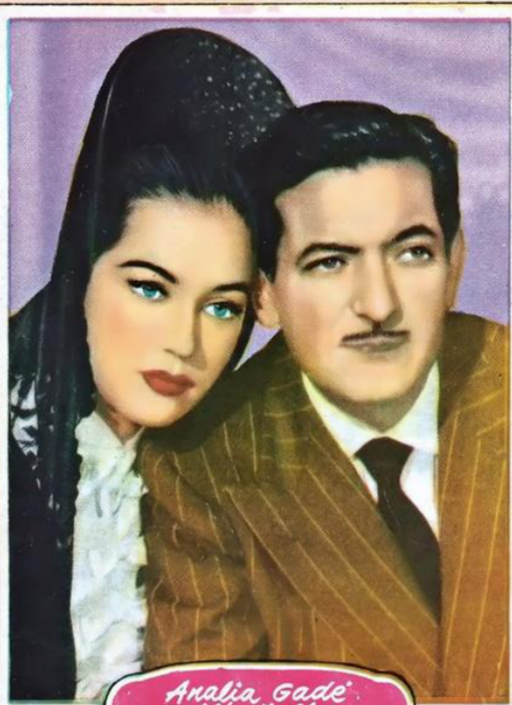
PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Oriente 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Adolfo Domínguez - Paraguay, 1.485 - MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferrenquín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS





Pareja protagonista del film "Una muchachita de Valladolid", de resonante éxito. Analía Gadé está casada con el actor argentino Juan Carlos Thorry. Y las últimas películas de Alberto Closas son: "Charlestón" y "Una gran señora".

Foto SUEVIA FILMS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. Impreso en España - Printed in Spain

NOTAS

[1] Rápido. (N. del E.). <<

[2] Honey significa «miel». (N. del E.). < <